

Selección

TERROR

OLOR A MUERTO

CLARK CARRADOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

OLOR A MUERTO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 212
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 213 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1977

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

El coche se detuvo en las inmediaciones del cementerio y sus luces se apagaron en el acto. En aquel momento, la luna asomaba por un rasgón de las nubes y su resplandor convirtió el suelo en una sucesión de luces y sombras, que producían un efecto macabro, dada la naturaleza del lugar. De las dos personas que viajaban en el coche, una pertenecía al sexo débil.

Era una mujer alta, de menos de cuarenta años, pero Todavía sumamente atractiva, aunque en su rostro, que parecía de yeso, a causa de la luz ambiental, se advertía una pena infinita. Vestía enteramente de luto y, dada la hora, había echado atrás el velo que cubría su cabeza.

A su lado había un hombre alto, delgado, de cejas picudas, envuelto en una capa negra, de la que, en ocasiones, se percibía el forro escarlata. Llevaba las manos enguantadas y alzó una, para que se apoyase en ella la mujer que le acompañaba.

—Señor, ¿dará resultado? —preguntó la mujer, con un hilo de voz.

Los ojos del hombre parecían despedir llamas.

—Mujer, no dudes de mi infinito poder. Viniste a mí para que te ayudara en tu aflicción y yo te he considerado digna de mi benevolencia. Ven y no dudes.

Echaron a andar, ella con la mano apoyada en la del hombre, que caminaba a su derecha. Laura Waterbine pensó si no estaría bajo el influjo de una pesadilla.

Pero el hombre que tenía a su lado afirmaba ser dueño de un poder infinito. Tenía poder sobre la vida y la muerte... y le iba a devolver el esposo que había perdido apenas dos semanas antes.

Soplaba un viento suave, pero frío. Laura se estremeció; los ropajes de luto que vestía eran muy livianos. Pensó que debía haberse puesto un abrigo de entretiempo, pero ya era tarde para rectificar.

De pronto, el hombre que la llevaba de la mano, se detuvo ante un panteón, que tenía la forma de un templete griego. Extendió el brazo derecho y dijo:

—Ahí está el hombre a quien, en virtud del Gran Poder que me ha sido conferido, voy a devolver a la vida.

—¡John! —sollozó la mujer.

—Sí, John Waterbine, tu querido esposo. Murió, pero yo le haré vivir. ¡Entremos!

—La... la verja está cerrada...

—¡Ábrete, verja! —clamó el hombre.

En el suelo brotó una humareda blanca, al mismo tiempo que se escuchaba un ligero rebufo. La brisa nocturna disipó bien pronto el humo. Entonces, Laura emitió una exclamación de asombro.

—La verja... se abre por sí sola...

—Mis poderes son infinitos. Puedo actuar sobre las personas y las cosas —dijo el hombre.

Laura dio un paso hacia adelante, pero, de pronto se detuvo y miró a su acompañante.

—El cuerpo... Después de tantos días, hederá...

—No temas. Entra —dijo el hombre.

Dominando sus aprensiones, Laura siguió avanzan do. Al franquear la puerta del panteón, se encendieron unas luces invisibles, de poca potencia, pero suficientes sin embargo, para permitir ver con toda claridad el interior del mausoleo.

En el centro, sobre un túmulo de granito, se divisaba un ataúd, con herrajes dorados. El túmulo medía escasamente un metro de altura. La tapa del féretro, por tanto, quedaba más baja que los ojos de los espectadores.

El hombre extendió los brazos.

—¡Ábrete! —clamó.

La tapa del ataúd empezó a girar lentamente a un lado. Laura se puso las manos enguantadas en la cara, a fin de contener un chillido de horror. Allí, en aquel féretro, estaba el cuerpo del esposo amado, depositado escasamente dos semanas antes...

La tapa quedó a un lado, en posición vertical. Laura vio el cuerpo inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados.

—¡John! —gimió.

—Silencio —dijo el hombre—. Ha llegado la hora de demostrar la fuerza inmensa de mi poder. Deja que me concentre para conseguir que este hombre vuelva a la vida.

Instintivamente, Laura se retiró un paso. El hombre de la capa negra extendió los brazos a la vez que, con los ojos entrecerrados, ligeramente elevada la barbilla, parecía mirar a un punto infinitamente distante.

—John Waterbine —dijo con voz profunda, de graves acentos, pero no cavernosos—. John Waterbine —repitió—, por el Grande e Infinito Poder del Ser Superior, para quien no hay nada imposible y a quien yo represento indignamente en la tierra, por la fuerza de mi Dueño y Señor, despierta.

El hombre hizo una ligera pausa y añadió, gritando a voz en cuello:

—¡Despierta, despierta! ¡Vuelve a tu esposa! ¡Despierta, John Waterbine, yo te lo ordeno!

Laura contemplaba la escena con ojos desorbitados. No, no podía ser; aquel individuo la había engañado. Ningún humano podía resucitar a un muerto. Su esposo había sido atendido por los mejores médicos y no cabía duda acerca del diagnóstico definitivo. John estaba muerto.

Pero, de súbito, las manos del hombre que estaba en el ataúd se movieron ligeramente. Su pecho se alzó y descendió lentamente. Sus ojos se entreabrieron.

—¡Despierta, vuelve a la vida, John Waterbine!

El hombre que estaba en el ataúd se sentó y miró a su alrededor con ojos extraviados.

—He estado en la más profunda oscuridad, donde sólo reina la nada...

—¡John, esposo mío! —gritó Laura con voz delirante—. ¡Estás vivo, has vuelto a la vida!

La cabeza del hombre se volvió. Una leve sonrisa apareció en sus labios descoloridos.

—Laura, querida, estás ahí —dijo.

Ella lanzó un gemido de alegría y corrió a refugiarse en los brazos del esposo resucitado.

—John, amor mío...

—He vuelto a la vida —dijo él, con voz todavía torpe—, Pero... ¿acaso debo este prodigio a alguien?

—¡A mí!

La voz tonante procedía de la entrada del panteón. Los dos esposos, abrazados, se volvieron al mismo tiempo. El hombre de la capa negra estaba bajo el dintel de la puerta.

—Mujer, ya tienes lo que deseabas —exclamó con voz tonante—. Yo debo marcharme ahora, para buscar a otras personas afligidas, que necesitan de mi poder. Ya no volveréis a verme.

Se oyó un fuerte resoplido, un sonido semejante al de una explosión que se produjese a gran distancia. Una gran humareda envolvió por completo al hombre de la capa negra. Cuando se disipó, la entrada estaba completamente despejada.

—Black Angel es un ser de un poderío infinito —dijo Laura con ojos muy brillantes—. Estabas muerto y te ha vuelto a la vida, esposo mío.

—Sí, he vuelto a la vida

—Pero aquí no puedes seguir. Vamos a casa, vamos, amor mío.

Waterbine abandonó el ataúd y se encaminó hacia la salida del panteón. Laura, feliz, se reclinaba en su hombro.

El cementerio ya no le impresionó, como a su llegada. Lo único que le importaba era que sentía en torno a su cintura, todavía esbelta, el confortador contacto del brazo de su esposo, vuelto a la vida. John había sido siempre un hombre amante y apasionado. Volverían a ser felices...

—Entraremos en casa por la puerta posterior —dijo ella más tarde—. No quiero que la servidumbre se alarme. Mañana les daremos la noticia, ¿no te parece?

—Sí, amor mío, lo que tú digas.

Laura cogió la mano de su esposo una hora más tarde. Pisando de puntillas, subieron al primer piso, donde tenían sus habitaciones privadas.

Laura se sentía inmensamente feliz. Cerró la puerta y se volvió hacia su esposo, recién vuelto a la vida.

—Estás conmigo, como antes... —dijo, a la vez que elevaba los brazos, para rodearle el cuello.

El hombre sonrió, a la vez que la abrazaba. Laura buscó con avidez los labios de su esposo. Pero cuando las dos bocas iban a fundirse ya en una sola, ella lanzó un grito horripilante.

¡Parte de la cara de John se desprendía en un repugnante colgajo!

—¡No, eso no puede ser! ¡Tú estás vivo...!

El horror de la situación golpeó su cerebro con tremenda fuerza. Laura cerró los ojos y ya no se enteró siquiera de que sus rodillas se doblaban.

* * *

El coche se detuvo y Douglas Drummond saltó al suelo.

—Nena, ¿qué te parece este sitio? —consultó.

La chica que le acompañaba se apeó también. Era una joven de frondosa cabellera rubia y cuerpo generosamente dotado por la naturaleza. Lulú Madison se complacía en hacer resaltar su anatomía con vestidos muy ceñidos. Ahora llevaba una especie de pullover muy fino, dos números menor de su talla, que más parecía una camiseta, con un escote nada mesurado, y ¡pantalones cortos y tan ajustados a las caderas, que parecían ir a estallar en cualquier momento. Era bastante bonita, pero tenía cara de tonta. Sin embargo, a Douglas (Wolf) Drummond, no le importaba en absoluto. "Algunas mujeres, cuanto más tontas, mejor", era uno de sus lemas favoritos.

Lulú contempló la pradera, de verde hierba, salpicada por numerosas florecitas de todos los colores. Aquí y allá se veían árboles, arbustos y setos muy frondosos. Un poco más lejos, se divisaba la línea plateada de un arroyo que serpenteaba por la llanura.

—Un sitio estupendo, desde luego —aprobó la rubia con cara de tonta.

Drummond sonrió. Fue al maletero del coche, lo abrió y sacó una manta y una cestita de mimbre. Luego caminó por la ladera de escasa pendiente, hasta encontrar un grueso roble, a pocos pasos del cual crecía un seto de notable espesor.

Drummond volvió la cabeza. Él camino era ordinariamente poco transitado, pero el seto les ocultaría a la vista de posibles curiosos. Extendió la manta al otro lado y dejó la cesta en el suelo. No lejos de allí, a unos veinte pasos de distancia, había un espeso grupo de arbustos.

—Lulú, ¿quieres tomar algo ahora? —preguntó.

Ella tenía los brazos extendidos y se hallaba de puntillas sobre la hierba, con los ojos cerrados, gozando de la caricia del sol y del aire perfumado por las flores silvestres.

—Luego —contestó con voz evocadora.

Drummond sonrió. Sentóse en el suelo y encendió un cigarrillo.

Lulú correteó un poco por la pradera, como una niña en vacaciones, y luego, jadeante y con el rostro encendido por el esfuerzo, regresó junto a su acompañante.

—Es maravilloso —dijo.

—Lo que sucede es que no has visto el campo más que en la televisión en color —contestó él zumbonamente.

Lulú se había sentado. Su pecho opulento subía y bajaba a causa de la

respiración todavía alterada. Drummond contempló aquellas sólidas curvas. ¿Usaba sujetador?, se preguntó.

De pronto, Lulú se tendió en el suelo, con las manos bajo la cabeza. Miró a Drummond y sonrió de una forma muy especial.

Drummond se situó a su lado, tendido, pero de costado. Bajó un poco la cabeza y mordisqueó suavemente los cálidos labios femeninos.

—No he visto jamás una chica tan bonita como tú —murmuró.

—Eso se lo dirás a todas —contestó ella melosamente.

—A todas, en efecto, pero es que la anterior era menos guapa y la anterior aún menos hermosa... Yo siempre asciendo en belleza, ¿comprendes?

—¡No, si palabras bonitas no te faltan! Pero luego te olvidarás de mí... Los hombres sois todos iguales...

"Y tonta como tú, ninguna", pensó Drummond, mientras posaba ahora sus labios sobre el arranque del rotundo seno femenino.

—¡Cuidado, que me haces cosquillas! —rió Lulú.

De pronto, Drummond arrugó las narices.

—Este olor...

Lulú se sentó vivamente en el suelo.

—Oye, tú, ¿qué te has creído? Me baño a diario, dos veces casi siempre... y además uso un desodorante que no me abandona...

Drummond volvió a aspirar el aire.

—Hiede —dijo.

Ella le dio una bofetada.

—¡Grosero!

—No seas estúpida —dijo él, de mal talante—. Apesta porque debe de haber algún animal muerto en las inmediaciones.

—Vaya, pues sí que me has traído a un buen sitio para disfrutar de un día de campo —se quejó Lulú.

El mal olor había sido llevado por una racha de viento. Ahora, separado de Lulú, Drummond lo percibía con mayor intensidad.

Maldijo entre dientes por aquel inesperado contratiempo, que iba a echarle a perder una magnífica excursión. Pero, de repente, el hedor pareció aumentar.

Volvió la cabeza. El origen de aquel horrible olor estaba en los matorrales situados a unos veinte pasos de distancia. Si se trataba de un pequeño animal, podía llevarlo lejos de allí y continuar la estancia en la pradera, pensó.

Lulú, con un pañuelo perfumado ante la nariz, le seguía, llena de curiosidad. Ahora se arrepentía de la bofetada que le había dado en un arranque de genio. Tendría que hacerse perdonar, pensó; a fin de cuentas, los animales muertos no eran cosa rara en el campo.

Drummond llegó a los matorrales y apartó las ramas con las manos. Entonces vio algo que le dejó helado de asombro.

A sus espaldas, Lulú empezó a chillar frenéticamente, como si se hubiera vuelto loca de repente. Durante unos segundos, Drummond mantuvo la vista

fija en aquel cuerpo humano, inmóvil, absolutamente desnudo, en el que la piel grisácea y el vientre un tanto hinchado, denotaban con toda claridad los muchos días transcurridos desde su fallecimiento.

Un puñado de hojas y ramas cubrían la cara del muerto. Drummond, prudente, estimó que lo mejor era no tocar nada. Sintió asco y repugnancia al ver los insectos que corrían por toda la superficie del cuerpo. ¿Quién había llevado allí el cadáver?, se preguntó.

El hedor le hizo sentir náuseas. Soltó los ramajes y se volvió hacia Lulú.

—Hemos de avisar a la policía —dijo.

Ella asintió, todavía con el pañuelo ante la cara.

—Creo que jamás aceptaré una invitación para pasar un día en el campo —respondió—. Cada vez que me lo propongan, pensaré que puedo encontrarme un cadáver que apesta...

Drummond contuvo una sonrisa.

—Eso no ocurre todos los días —dijo—. Vamos, nena, es preciso avisar a la policía.

CAPITULO II

Un par de días más tarde, Drummond entró en un bar, se sentó en un taburete y pidió un doble de whisky. Alguien dijo:

—Dos, Joe.

—Sí, señorita Bonnie.

Drummond volvió la cabeza. Delante de él había una mujer joven, de ojos brillantes, pelo castaño, cortado en melena, a lo paje, y silueta llena de atractivos. Ella vestía un traje muy ajustado, de color negro, con la falda abierta en el costado izquierdo.

—Hace tiempo que no nos veíamos, Wolf Drummond —dijo ella.

—Así es, Bonnie Cadogan. —Drummond alzó su vaso—. ¿“Chinchín”?

—“Chinchín” —sonrió Bonnie—. He leído tu nombre en los periódicos —dijo, después de tomar un trago.

—Ciertas personas tienen más facilidad que otras para hacer el ridículo —contestó Drummond—. Ya ves, encuentro un cadáver, aviso a la policía... y cuando acuden, no encuentran nada.

—Pero el cadáver fue algo real. Los periódicos dicen que se encontraron rastros suficientes como para no dudar de tus afirmaciones.

—El pueblo más cercano estaba a cinco millas. Mientras avisé, me escucharon, se esforzaron por creerme y, al fin, acudieron al lugar de los hechos, había pasado casi una hora. Además, había ido con una chica y tuve que atenderla; casi le dio un ataque de nervios...

—Sí, es tiempo más que suficiente para hacer desaparecer el "fiambre”. Wolf, te supongo enterado de la noticia —dijo Bonnie.

—¿A qué noticia te refieres? —preguntó él.

—Laura Waterbine. Apareció estrangulada en su mansión, hace un par de días tan sólo.

—Llevo unos días sin leer la prensa. Me aburre..., pero siento infinito lo de Laura.

—Tú eras amigo del matrimonio.

—Moderadamente amigo. Hubo una temporada en que defendí los intereses de John. Luego conseguí un empleo mejor remunerado y lo dejé. Por otra parte, Laura era guapísima, a pesar de que rondaba ya los cuarenta, y no me gustaba que John ni nadie, pudieran creer que yo pretendía tener un romance con ella.

—Eres un hombre verdaderamente casto —rió Bonnie.

—No lo creas, sólo soy prudente. Ya ves, tú, por ejemplo, no estás casada. No tendría inconveniente en ponerme a revolotear a tu alrededor.

Bonnie entornó los ojos.

—¿Y después del revoloteo? —murmuró.

—El asalto.

Drummond y Bonnie se miraron fijamente. De pronto, ella se colgó de sus

brazos.

—Vamos a mi casa —propuso, resuelta—. Tengo que contarte algo muy importante.

—¿Hay ahora nada más importante que tú? —dijo él, galante, cuando ya cruzaban la puerta del local.

Bonnie soltó una risita de complacencia y se colgó del brazo de su acompañante.

Minutos más tarde, abría la puerta de su apartamento.

Drummond arqueó las cejas primero; luego silbó.

—Vaya, parece que has progresado —comentó.

—Los negocios no se me dan mal ahora —sonrió ella maliciosamente—. ¿Qué te apetece beber, Wolf?

—Cualquier cosa, guapa.

Bonnie se acercó a una bien surtida barra y puso whisky y hielo en dos vasos. Drummond se había sentado en un diván de estremecedor diseño futurista y ella se inclinó en ángulo recto para ofrecerle el vaso.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es muy atractivo.

—Yo me refería a la bebida.

Drummond miró a la joven intensamente. De pronto, dejó el vaso a un lado y alargó las dos manos.

—Ven —dijo.

Bonnie se sentó en sus rodillas. Sus brazos se enroscaron en torno al cuello de su invitado. Al sentir en sus labios el contacto de los de Drummond, se apretó fuertemente contra él.

Mucho más tarde, Bonnie se inclinó sobre el huésped.

—Quizá no me creas, pero tenía unos deseos locos de verte —dijo.

—Bueno, mi nombre figura en la guía, tengo teléfono...

—Has estado fuera una temporada.

—Eso es cierto. Tuve que ir a Suiza, por encargo de un cliente. Pero ¿por qué querías verme? ¿Ofrezco algún interés para ti, fuera del puramente amoroso?

Ella le miró, con los ojos a medio palmo de los de Drummond.

—Wolf, yo no me hago ilusiones. Tú me conociste hace algunos años y sabes lo que fui... y que, por fortuna, ya no soy. Lo dejé, ¿sabes?

—Hiciste bien, y te felicito por ello. Eres una buena chica, no me gustaba verte metida de lleno en cierta clase de ambientes.

—Tú me ayudaste en buena parte a salir de esa situación. Y nunca lo olvidaré, créeme. Escúchame bien, voy a decirte .algo... Bueno, eres el primer hombre que entra en mi casa desde hace años. Y no lo he hecho solamente por gratitud.

—Eres una buena chica. Todos podemos caer, pero el problema estriba en saber levantarse. ¿Por qué no dejamos el tema de una vez?

Ella le besó cálidamente.

—Si te hubiera conocido hace siete años —suspiró—.

Pero si estás aquí es, aparte de que siento hacia ti un gran afecto, por propio interés.

—No entiendo —dijo Drummond.

Bonnie sonrió.

—Te sorprenderás, pero es hora de que sepas por qué tengo un apartamento tan bonito y tan bien decorado. Ahora trabajo en una agencia de investigación y necesito tus servicios, como abogado.

Drummond respingó.

—¡Bonnie!

—Como lo oyes. —Ella se sentó en la cama, luciendo orgullosamente la esplendidez de su torso de diosa—. El director, y propietario, me contrató hace algunos años. Parece ser que he resultado más lista de lo que incluso yo misma creía. El caso es que el director me confía ahora la mayoría de los casos.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa. Bonnie, no sé qué decirte...

—Cuando me has visto en ese bar, yo llevaba puesto lo que se podría decir el disfraz de mi antiguo oficio. Esperaba a un tipo, pero no ha acudido. Apareciste tú y me dije que no valía la pena seguir perdiendo el tiempo.

—Muy agradecido —sonrió Drummond—. Oye, ahí en la mesilla hay tabaco, cariño.

Bonnie se ladeó. Encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de Drummond.

—El caso se refiere a tu antigua amiga, Laura Waterbine. Murió estrangulada por un desconocido, pero eso no es todo —dijo la joven—. Días antes, había extendido un cheque por veinticinco mil libras esterlinas, a nombre de J. K. Ewiston. El cheque no fue ingresado en una cuenta corriente, sino que Ewiston cobró su importe en buenos billetes de Banco.

—¿Sospechas alguna estafa, Bonnie? En tal caso, necesitarías asesoramiento de un experto en leyes...

—Algo hay de eso, aunque no es lo más importante. Bien, he hablado con el empleado que pagó el cheque y... Un par de guiños, un escote incitante, una sonrisa amistosa... y he conseguido la descripción del hombre que le sacó veinticinco mil libras a tu amiga.

—Interesante —comentó Drummond—. ¿Crees que eso tiene relación con el asesinato de Laura?

—Casi seguro. Hace algunos años, Ewiston se declaraba fundador de una secta, y sostenía que la muerte no existía, porque él era capaz de resucitar a los muertos. Algunos tontos le creyeron. Yo le ayudaba.

—¿Tú? —respondió Drummond.

—Eran gente rica, ociosa. ¿Qué mal había en aligerar sus bolsillos de unos cuantos cientos de libras? La mayoría eran personas de cierta edad... Wolf, es fácil hacer creer a una persona lo que ella quiere que sea cierto.

Bonnie se echó a reír.

—Yo era la azafata y vestía como en las historietas gráficas: un traje de una sola pieza, muy ceñido, con un escote hasta el ombligo y sin espalda. Ewiston se proclamaba sumo sacerdote del Grande e Infinito Poder del Superior, por cuya mediación podía volver los muertos a la vida. Había un par de grandes pebeteros, que quemaban incienso, trucos de luces y un ayudante más listo que el hambre, que actuaba entre bastidores. Ewiston era un vivo: decía que no podía alargar la duración normal de la existencia, pero sí que devolvería a la vida a la gente después de haber muerto.

''Hizo una demostración, con un par de cómplices, actores de tercera fila, bien pagados, por supuesto. Resumiendo, el muerto resucitó y la viuda chillaba de júbilo. Hasta besó los pies de ese impostor. Los otros, claro está, se tragaron la fábula.

—¿Y qué pasó después?

—Oh, el gran Ewiston creyó que mi contrato le daba ciertos derechos. Yo le contradije, ayudándome con una botella que le rompí en la cabeza y, en consecuencia, me despidió. No lo lamenté, créeme.

—Bien, todo esto está muy bien, pero ¿qué tiene que ver con el asesinato de Laura, aparte de la estafa de veinticinco mil libras esterlinas?

—Está claro. Ewiston le hizo creer que resucitaría a su esposo. Ella era ya un poco neurótica y su dolencia se agudizó después de la muerte de su marido. Imagino que, en cuanto Ewiston se enteró, decidió "forrarse".

—Pero no había motivo para el asesinato, supongo.

Bonnie se inclinó sobre su huésped y empezó a pasear un rosado índice sobre el pecho moderadamente velludo.

—Ewiston debió de prepararlo todo en el panteón familiar de los Waterbine. Algún cómplice, tal vez aquel ayudante listo, desempeñó el papel del muerto. "Resucitó", se levantó, se marchó con la que ya no era desconsolada viuda... y luego ocurriría algo que a ella le hizo entrar en sospechas. Resultado: dos manos a un todavía pescuezo y se acabó.

Drummond entornó los ojos.

—Tú crees que el ayudante se puso en el ataúd ocupado primeramente por Waterbine —dijo.

—Sí.

—Entonces, el cadáver...

—Lo arrojarían en cualquier parte. Eso no les preocupaba en absoluto. ¡Wolf! ¡El muerto que tú encontraste! —chilló Bonnie de repente.

Drummond sonrió.

—Estaba pensando en eso precisamente —convino—. Preciosa, ¿por qué no vamos a investigar en el panteón de los Waterbine?

—¿Ahora?

Los ojos de Bonnie eran un mundo de promesas.

—La excursión al panteón puede demorarse un poco —dijo.

Bonnie se dejó caer ansiosamente sobre el hombre.

—Por fortuna, nosotros estamos vivos —dijo con voz ardiente.

* * *

El coche se detuvo en las inmediaciones del cementerio. Drummond consultó la hora.

—Tres y media de la madrugada —dijo.

Bonnie se arrebujó en su abrigo, con cuello de piel.

—Todavía no ha llegado el verano y se nota —murmuró, al sentir un escalofrío.

La noche, sin embargo, estaba despejada. En el cielo, la luna brillaba esplendorosamente.

Drummond y Bonnie echaron a andar hacia la parte más alta del cementerio, en la que se destacaba la oscura mole del panteón de los Waterbine. Momentos después, llegaban frente a la verja, de hierros artísticamente forjados.

—¿Por qué un panteón tan suntuoso? —preguntó Bonnie.

—Fue idea de los padres de John, pero murieron en Australia. Su hijo era, en cierto modo, algo tacaño, y debió de pensar que el traslado de dos féretros resultaría muy costoso.

—Resultado: el panteón fue para él.

—Ahí lo tienes.

Drummond había llevado consigo una linterna eléctrica. Se la entregó a la joven y asió la verja con ambas manos. Era de doble hoja y se abrió sin la menor dificultad.

El ataúd se hallaba sobre el túmulo de granito. Drummond descendió los cuatro peldaños que conducían al suelo del panteón y se acercó al féretro. Bonnie, todavía en la puerta, llamó su atención.

—Wolf, estoy viendo algo extraño...

—Aguarda un momento, por favor.

Drummond descorrió los cerrojos del ataúd. Acto seguido, levantó la tapa.

Un espantoso hedor invadió el ambiente instantáneamente. Drummond retrocedió al ver el cuerpo que yacía en el interior del féretro.

—John está aquí —dijo, a la vez que cerraba la tapa nuevamente.

Bonnie se retiró unos pasos, a fin de aspirar el aire puro y fresco de la madrugada.

—¡Qué cosa tan horrible! —se quejó.

—Lógico, nena. John murió hace ya casi tres semanas.

Drummond abandonó el mausoleo.

—Pero no podría afirmar si este cadáver es el mismo que encontré —agregó.

—¿Por qué?

—Aquel cuerpo estaba completamente desnudo y tenía la cara tapada por la hojarasca. Yo no quise tocar nada, a fin de no poner trabas a la labor de la policía. El cuerpo que hay en el ataúd está vestido.

—Incomprensible, ¿no?

—No hay nada incomprensible. La muerte no es más que una suspensión de la vida. Yo puedo devolverla cuando me parezca o cuando encuentre alguna persona que se haga acreedora a mis favores.

Bonnie volvió los ojos hacia Drummond. El joven estaba tan asombrado como ella, porque no era el autor de aquellas tétricas frases.

CAPITULO III

Durante unos segundos, Drummond y la joven permanecieron inmóviles, convertidos en estatuas. Luego, él giró lentamente hacia el lugar de donde había salido la voz.

Estaba en la esquina izquierda del panteón, en pie, erguido, muy alto, con un manto negro que le cubría hasta los pies. La cabeza estaba oculta por el gran capuchón. Situado a espaldas de la luna, la cara del desconocido estaba completamente en sombras.

Sólo se podían ver dos pupilas, rojas, fosforescentes, con leves oscilaciones en su intensidad luminosa. Pero ni siquiera las manos estaban fuera del manto.

Drummond sintió una especie de desazón, que no era miedo precisamente, sino más bien inquietud por algo que le parecía sobrenatural. Pero, tras la sorpresa inicial se rehízo y dio un paso hacia adelante.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Cómo te llamas? ¿Eres hombre o mujer?

—No soy ni hombre ni mujer, ni tengo nombre, aunque también se utilizan muchos para llamarme. Pero cuando yo llamo a alguien, es para siempre.

Bonnie sintió que un helado soplo de viento envolvía su cuerpo.

—Cuando yo llamo a una persona —continuó el desconocido, con voz indefinida, que tanto podía ser de hombre como de mujer—, acude y jamás vuelve. Yo llamé a John Waterbine y no volverá.

—Antes has dicho que la muerte no es más que suspensión de la vida —recordó Drummond.

—Estás vivo. Si murieses, ¿no se habría suspendido tu existencia?

—También has dicho que puedes devolver la vida cuando te parece o cuando hay una persona que se hace acreedora a ese favor.

—Es que entonces no he hecho mi llamada definitiva.

Drummond inspiró profundamente. “Es el impostor, Ewiston, el hombre que engañó a Laura Waterbine”, pensó.

De súbito, saltó hacia adelante.

Bonnie gritó. Drummond alcanzó al desconocido, pero cayó al suelo, encima de un montón de negros ropajes. Bajo el manto y la capucha no había nada absolutamente.

Desconcertado, se puso en pie.

—Bonnie, ¿has visto lo mismo que yo? —preguntó.

La joven empezó a reaccionar.

—Seguro que es un truco de Ewiston —dijo.

—Unos ropajes que simulaban cubrir a una persona... y un micrófono oculto en alguna parte.

—Quizá, pero también era un buen ventrílocuo, Wolf.

—Trae la linterna, por favor.

Ella se acercó. Drummond se inclinó y cogió el manto, sacudiéndolo un

par de veces. Luego lo volvió para examinar su interior.

—Bonnie, no hay ninguna armazón que lo sostenga. Tampoco se ven alambres o hilos de los que pudiera ser suspendido —dijo—. Entonces, ¿dónde está el truco?

—Wolf, lo que quería decirte antes, cuando ese tipo nos interrumpió, es que he visto en la entrada del panteón unas manchas negruzcas —dijo la joven—. Ewiston usaba una especie de petardos que no hacían apenas ruido y despedían una gran cantidad de humo. Eso le servía para desaparecer, como si fuera realmente un ser incorpóreo, ¿comprendes?

—Bien, pero ¿qué tiene que ver con estos ropajes?

—La cosa está clara. Ewiston nos ha seguido y se ha burlado de nosotros.

Las mandíbulas de Drummond se cerraron bruscamente.

—Bonnie, ¿tienes idea de dónde puede estar ese tipo? —preguntó.

—No. Repito que hace años que no sé nada de él. En la actualidad, ignoro por completo su residencia.

—Estás encargada del caso de la estafa.

—Sí.

—En tal caso, no te queda otro remedio que buscar a Ewiston. Él o su ayudante, uno de los dos, es el autor de la muerte de Laura. Porque Laura descubrió el truco y no les convenía que se divulgase.

—Exactamente, Wolf.

Drummond lanzó el manto a un lado.

—Ya vendrá a recogerlo —dijo.

Dio un paso, pero, de súbito, oyó a Bonnie que lanzaba un chillido.

—¡Wolf!

El joven se volvió. Los ropajes se disolvían en un humo azulado, no demasiado espeso, como gasas que se alzasen del suelo, para difuminarse en la atmósfera. Al cabo de unos segundos, ya no quedaba el menor rastro del tejido.

Tremendamente desconcertado, Drummond tomó la linterna de manos de Bonnie y se arrodilló para examinar el suelo terroso. Allí, observó, lleno de perplejidad, no había la menor señal del fuego sin llama que, en apariencia, había consumido manto y capucha.

Bonnie habló y su voz era muy temblorosa:

—Wolf..., eso no ha sido... un truco de Drummond... Es... algo que no podemos comprender...

Drummond no quiso contradecir a la joven. Con el transcurso de los años, Ewiston había sin duda perfeccionado sus trucos.

—Lo mejor será que nos vayamos —propuso.

Bonnie no formuló ninguna objeción. Sentíase terriblemente ansiosa de abandonar aquel siniestro lugar.

Una semana más tarde, Drummond y Bonnie volvieron a reunirse. Bonnie hubo de admitir que no había conseguido encontrar el menor rastro de Ewiston o de su ayudante.

—Por cierto —dijo él—, todavía no sé cómo se llama ese hombre.

—Geoffrey Shawick, pero le decíamos Geo. Era de buena estatura, fornido, socarrón, un poco cínico..., pero valía mucho. Al menos, para ayudar a Ewiston en sus estafas.

—¿Sabes si Ewiston tomó después otra "azafata"?

—Sí. Era una chica muy bonita, Stella Purvis. Yo la advertí de lo que le esperaba, pero ella no quiso hacerme caso. No he vuelto a verla desde entonces.

Drummond se acarició la mandíbula.

—No sé por qué, pero el nombre me suena —dijo.

—¿La conociste? —preguntó Bonnie, asombrada.

—No, sólo quiero decir que el nombre no me resulta extraño... ¡Ahora lo recuerdo! Sí, hace cuatro años cometió un robo en unos grandes almacenes y fue condenada a un año de cárcel, que quedó reducido finalmente a seis meses. Se me encargó su defensa de oficio, pero no pude aceptarla. El juez admitió mis objeciones y nombró a otro abogado.

—Bueno, eso es un punto de partida. ¿Cómo podríamos encontrarla?

La conversación tenía lugar en el apartamento de Bonnie. Drummond se fue hacia el teléfono, sacó su agenda, la consultó unos momentos y luego marcó un número.

Un par de minutos más tarde, anotaba una dirección. Luego se volvió hacia Bonnie.

—Estas son las señas que dio al ser puesta en libertad —dijo.

—Entonces, vamos a buscarla —exclamó Bonnie impulsivamente.

Drummond sonrió.

—Parece que te tomas muy en serio tu papel de detective privado —comentó.

Bonnie le besó fuertemente.

—Me gustaría más desempeñar otro papel —contestó.

—¿Cuál, por favor?

Ella meneó la cabeza.

—No quiero decírtelo. ¿Vamos?

De pronto, sonó el timbre de la puerta. Bonnie volvió la cabeza. A su lado, Drummond lanzó una exclamación de asombro, al ver el sobre que alguien deslizaba por debajo de la puerta.

—Estás haciendo la competencia al servicio nacional de correos —dijo.

Se inclinó y recogió el sobre. Abrió la puerta, examinó el corredor y lo encontró desierto. El edificio era grande. Para el mensajero resultaba fácil perderse entre el gentío del vestíbulo. Bonnie tenía su apartamento en un noveno piso, pero, hasta la quinta planta, todo eran despachos y oficinas comerciales.

El sobre no traía ninguna dirección.

—Creo que puedo abrirlo yo, si no tienes inconveniente —dijo.

—Por supuesto.

Drummond rasgó el sobre y sacó una cuartilla de su interior. En el papel había escrito un tétrico mensaje:

> "La muerte no es un juego. Si lo consideras así, perderás la partida y te sumergirás en las tinieblas del infinito."

—Vaya, ¿qué te parece? —exclamó Drummond, después de haber leído el mensaje.

—Nauseabundo —dijo Bonnie sin vacilar—. ¿No hueles?

Drummond aspiró el aire. Inmediatamente, hizo un gesto de asco.

—Es menos intenso..., pero huele de la misma forma que cuando encontré el cadáver aquel día —dijo.

—Olor a muerto —murmuró Bonnie pensativamente.

De súbito, el papel empezó a humear.

—¡Cuidado, Wolf! —chilló la joven.

Drummond soltó la cuartilla. Momentos después, con ojos llenos de pasmo, veía en el suelo un pequeño montoncito de cenizas.

—Ewiston ha mejorado sus trucos —dijo Bonnie.

—Y, está claro, no quiere que nadie le estropee el negocio de la "resurrección" —rezongó él—. Bonnie, después de este aviso, ¿piensas retroceder?

Ella le miró intensamente.

—¿Estás a mi lado? —consultó.

—Sí.

—En tal caso, vamos a ver si encontramos a Stella Purvis.

* * *

La casa era de modesta apariencia, situada en Spitalfields, calle Buxton. Drummond y la joven atravesaron la puerta de la entrada y subieron al segundo piso.

En el corredor se veían varias puertas, cada una señalada con una letra. Drummond se detuvo ante la C.

—Aquí —dijo.

Tocó el timbre. Nadie respondió a la llamada, pollo que insistió de nuevo un par de veces.

—Ya no vive aquí —dijo.

De pronto, sonó una voz en el extremo del corredor.

—Seguramente buscan ustedes a Stella Purvis.

Drummond y la joven se volvieron en el acto. Una mujer de mediana edad y agradable presencia estaba en la puerta de su piso.

—Así es, señora...

—Small, Margaret Small —se presentó la mujer.

—Ella es Bonnie Cadogan. Yo me llamo Drummond. Mucho gusto, señora Small. La señorita Cadogan es una antigua amiga de Stella...

—Stella vino después de salir de la cárcel, es decir, hace algo más de tres meses, pero se marchó y ya no se ha vuelto a saber de ella —declaró la oficiosa vecina—. Lo curioso del caso es que nadie ha vuelto a ocupar su piso.

—¿Seguro? —se extrañó Drummond.

—Ya lo creo. Soy bastante amiga del administrador y sé que Stella paga la renta puntualmente, por correo, creo. Si quieren la dirección del administrador...

—Se lo agradeceré, señora —dijo el joven, a la vez que sacaba su libreta.

Momentos después, guardaba la agenda nuevamente.

—Mil gracias, señora Small —dijo.

—Ha sido un placer —aseguró ella.

La señora Small se metió en su casa. Drummond se dirigió hacia la escalera. De pronto, sintió que le tiraban del brazo.

Era Bonnie. Los ojos de la joven brillaban extrañamente.

—Wolf, quiero ver la casa de Stella —dijo en voz de tonos muy bajos.

—Pero está cerrada...

Ella sonrió, a la vez que sacaba algo de su bolso de mano.

—El jefe me ha enseñado a usar ganzúas. Siempre resulta útil —contestó—. Claro que nos arriesgamos a un juicio por allanamiento de morada...

Drummond miró hacia la puerta de Margaret Small.

—Empieza. Yo vigilaré —susurró.

Bonnie probó varias ganzúas. Al cabo de unos minutos, notó que cedía la cerradura.

—Paso franco, Wolf.

Entraron en el piso. Las ventanas estaban cerradas. Había un olor a moho no precisamente repulsivo, pero tampoco agradable de percibir.

El suelo y los muebles estaban cubiertos de una espesa capa de polvo. Había telarañas en muchos sitios. Drummond apartó una cortina y el tejido casi se deshizo entre sus dedos. Resultaba incomprensible cómo en un lugar relativamente céntrico, a menos de mil quinientos metros de la Torre de Londres, pudiera haber una vivienda completamente abandonada.

Pero su ocupante pagaba con puntualidad la renta. Sería interesante hablar con el administrador, se dijo Drummond.

Revisó un par de habitaciones, tan vacías y polvorientas como el resto del piso. Luego abrió la puerta de un dormitorio.

Se quedó como clavado en el suelo. Los pasos de Bonnie sonaron en las inmediaciones.

—No grites —dijo a media voz—. Procura dominarte. Me parece que ya hemos encontrado a Stella Purvis.

Bonnie se puso una mano en la boca. Como Drummond, tenía los ojos fijos en el esqueleto que yacía sobre una cama, cuyos ropajes se deshacían en jirones.

—Es... ella... —dijo Bonnie—. Reconozco ese anillo; nunca se lo quitaba...

A primera vista, no se advertía en la osamenta la menor señal de violencia. Drummond se acercó a la cama. Bajo el esqueleto, como contorneándolo en lo que parecía haber sido la silueta de la joven muerta, se divisaba una gran mancha grisverdosa, de muy poco espesor. ¿Era el polvo de la carne después de la muerte?, se preguntó.

En el anular izquierdo del esqueleto se veía, efectivamente, una sortija barata. De repente, se oyó un ligero chillido.

Bonnie dio un salto hacia atrás. Un ratoncillo asomó su cabecita por una de las vacías cuencas oculares del cráneo. Luego escapó a la carrera y se perdió por un agujerito situado al pie de una de las paredes del dormitorio.

Drummond reaccionó.

—Bonnie, la policía tiene que saber lo que sucede..., pero no antes de que hablemos con Webley R. Murphy —dijo.

—Sí, tenemos que hablar con el administrador de la casa —convino ella.

CAPITULO IV

Con un gesto algo pedante, Webley R. Murphy juntó las yemas de sus dedos y apoyó los codos sobre la mesa.

—De modo que tienen interés en saber el paradero de Stella Purvis —dijo.

—En efecto —contestó Drummond—. Yo estuve a punto de ser su abogado y la señorita Cadogan es amiga suya.

—Bien, lo único que puedo decirles es que, semestralmente, recibo un cheque por el importe de la renta. Sé que la señorita Purvis se marchó, aunque no me dijo dónde, pero supongo que ella quiere conservar la casa para el día en que desee volver a Londres.

—El Banco admite los cheques —dijo Bonnie.

—Jamás me han devuelto uno —respondió Murphy.

—¿Están firmados por Stella?

—Ciertamente. Hace algún tiempo, en vista de que su ausencia se prolongaba, hablé con el director de la sucursal del Banco. Es gran amigo mío y me dijo qué, a pesar de que el movimiento de la cuenta de la señorita Purvis no era muy intenso, jamás faltaban los fondos. De cuando en cuando, ella hace algún ingreso de dinero...

—¿Personalmente o por cheque?

—Ah, ya no llegué a tanto, señorita. Yo soy el administrador de esa casa y de muchas otras, y me interesa que los propietarios perciban sus rentas. Ciertamente, la señorita Purvis está ausente, pero paga con puntualidad, por lo que no me ha sido necesario entrar en su piso para nada, máxime no habiéndose producido alguna avería en las conducciones de agua, gas o luz, que hubiese podido afectar a otros inquilinos. Salvo en un caso como el mencionado, yo no tengo derecho a entrar en una casa que, legalmente, me es ajena.

—Dice usted la verdad, señor Murphy —manifestó Drummond—. Pero ahora me interesaría saber si se le ha ocurrido examinar el matasellos de las cartas en que Stella le envía sus cheques.

—Oh, sí, pero destruyo los sobres inmediatamente. Ciertamente, cada vez se encuentra en una localidad distinta o hace el envío desde distintos distritos de Londres. Personalmente, opino que la señorita Purvis tiene ahora un empleo que la obliga a viajar con gran frecuencia, tal vez forma parte de alguna compañía teatral de escaso renombre e incluso actúa bajo seudónimo. Repito que, puesto que paga la renta, no tengo por qué cancelar el contrato de arrendamiento.

—Muchas gracias, señor Murphy.

—Es muy poco lo que hemos averiguado —se quejó Bonnie poco después, ya en la calle.

—En cierto modo, hemos conseguido obtener un dato importante —le contradijo Drummond—. Hay alguien interesado en que la muerte de Stella

pase inadvertida.

—Eso me parece muy extraño. La mejor forma de que pase inadvertida la muerte de una persona es hacer desaparecer su cadáver.

—Quizá, aunque no en el caso de Stella. Suponiendo que Ewiston fuese su asesino, y no tenemos pruebas, si ahora se le interrogase, podría decir que se despidió hace tiempo y que no tiene por qué saber de una ex empleada suya.

—¿Qué me dices de los cheques? Están firmados por ella y el Banco no los ha rechazado jamás.

—Una perfecta falsificación de la firma, preciosa.

Bonnie hizo un encogimiento de hombros. De pronto, vio que Drummond entraba en una cabina telefónica.

El joven introdujo una moneda en la ranura. Levantó el auricular y marcó un número.

—¿Policía? Les sugiero vayan al sesenta y dos de la calle Buxton, Spitalfields, primer piso, letra C. Encontrarán algo que hará intervenir al forense.

Drummond ya no dijo más. Colgó, salió de la cabina y agarró el brazo de la joven.

—A casita —dijo.

* * *

El descubrimiento del esqueleto causó bastante revuelo. Drummond leyó los periódicos durante algunos días. La policía hablaba de una llamada anónima. La señora Small citó la visita de dos amigos de Stella Purvis. A fin de curarse en salud, Bonnie, por consejo suyo, se presentó a declarar. Dijo que había ido a visitar a Stella, a quien hacía muchos años no veía, pero que, al ser informada, precisamente por la señora Small, de la ausencia de la joven, se había marchado sin más.

Bonnie mencionó también a Drummond, el cual corroboró la declaración de la joven, de la que dijo eran buenos y antiguos amigos. Drummond manifestó que, en vista de que Bonnie sentía cierta inquietud por su amiga, fueron a visitar al administrador de la casa. Murphy declaró en el mismo sentido.

Drummond sabía que habían conseguido despistar a la policía, en relación con el hallazgo del esqueleto. Pero ello no le hacía sentirse satisfecho ni mucho menos.

Inesperadamente, apenas después de una semana del macabro hallazgo, recibió la visita de una antigua conocida suya.

—Tengo que pedirte consejo —dijo la visitante, mujer de unos treinta y cinco años y notable belleza—. He estudiado detenidamente a todos mis conocidos y he llegado a la conclusión de que eres el único que puede comprenderme.

Drummond enarcó las cejas, mientras contemplaba a Helen Mountain.

Muchos años antes, posiblemente diez o doce, Drummond había estado enamorado un tanto platónicamente de Helen. Ella le pasaba cuatro años y, aunque se había establecido una buena relación de amistad, no quiso nunca que las cosas llegaran a mayores.

—Eres demasiado joven para mí —había dicho en más de una ocasión.

Drummond comprendió que no sólo era la diferencia de edad, sino también falta de entendimiento total. Helen era una excelente muchacha, pero su carácter discrepaba notablemente del de Drummond. Además, y éste no quiso mencionarla, Helen era demasiado susceptible en algunas cosas. Un amigo suyo, a punto de graduarse en Medicina, dijo que Helen era una candidata segura al histerismo si no se casaba pronto, o si, aun casándose, no resultaba satisfactorio el matrimonio o no tenía hijos...

—Su sistema nervioso es demasiado activo —había diagnosticado el futuro galeno—. Y, por si fuese poco, a veces es crédula hasta la irrisión.

Pero ahora la tenía frente a sí, muy bella, enormemente atractiva en su espléndida madurez y vestida con singular elegancia. No obstante, en el hermoso rostro de Helen había una cierta expresión de tristeza, que Drummond no sabía a qué atribuir.

—Hace muchos años que no nos vemos —dijo, mientras le servía una copa de jerez—. La amistad, sin embargo, está por encima del tiempo y del espacio. Si mis consejos pueden serte útiles, cuenta con ellos de una manera absolutamente sincera.

—Gracias —contestó Helen—. Wolf, se trata de mi esposo. Su estado de salud es pésimo. Los médicos no le dan más de una semana de vida. Yo le amo, me ha dado todo cuanto podía ambicionar en este mundo, satisfacciones de toda índole, lujos, dinero..., pero, sobre todo, amor. Y sé que los médicos han hecho todo lo humanamente posible, pero Ronald está ya desahuciado.

—Lo siento tantísimo, Helen... —contestó Drummond—. Francamente, lo ignoraba, pero… ¿qué puede hacer un abogado en algo que los médicos no consiguen solucionar?

Los ojos de Helen brillaron de pronto.

—No se lo he dicho a nadie más; francamente, no me atrevía... Wolf, hay alguien que me asegura que podrá devolver a Ronald a la vida...

Drummond casi saltó en su asiento.

—¡Por el amor de Dios, Helen!

—El lo dice... y yo me siento inclinado a creerle... Es más, esta misma noche me hará una demostración... La señora Burdette perdió a su marido hace cuatro días. Él lo va a resucitar... y yo podré convencerme de la inmensidad de sus poderes si acudo a la ceremonia... Por favor, Wolf, aconséjame —insistió la mujer.

Drummond vaciló un momento. En realidad, la ocasión se presentaba que ni pintada, pero era preciso actuar con gran prudencia, no sólo para no herir los sentimientos de Helen, sino para evitarle también el menor daño físico.

—¿Te ha dicho dónde está el difunto Burdette? —preguntó.

—El enviará a una de sus ayudantes a buscarme en el coche, es todo lo que puedo decirte. El sostiene que sus poderes no pueden ser utilizados indiscriminadamente, de lo contrario, se vería asediado por verdaderas muchedumbres. Sólo devuelve la existencia a quienes realmente lo merecen.

—Cambiaste de domicilio al casarte. Dame tu nueva dirección y acude a esa ceremonia, pero no des a entender, bajo ningún pretexto, que has estado conmigo ni que pienso ayudarte. Resucite o no a Burdette, tú debes observar en todo momento un comportamiento... digamos normal, en vista de las circunstancias. Muéstrate sorprendida, convencida de los poderes de ese hombre... y síguele después la corriente. Por cierto, ¿te ha pedido dinero?

—No, en absoluto.

Drummond sonrió irónicamente.

—Ya te lo pedirá —aseguró—. Créeme, Helen, daría algo bueno por sanar a tu esposo..., pero, si desgraciadamente, se cumplen los vaticinios médicos, no creas ni por un momento que volverá a la vida.

Los bellos ojos de Helen se llenaron de lágrimas.

—Entonces... es un estafador.

—Y tal vez un asesino, pero si quieres que lo desenmascaremos, debemos actuar como ya te he dicho. Asiste a la ceremonia, no te preocupes de más..., cuida en lo posible a Ronald y ya nos mantendremos después en contacto. Por cierto, ¿a qué hora es esa ceremonia?

—A la media noche, Wolf.

—Lógico —convino Drummond.

Helen se marchó minutos más tarde. Drummond meneó la cabeza. No estaba seguro de que su antigua amiga no cometiese una imprudencia, pero era el único asidero de que disponían en aquel caso.

Al quedarse solo, alzó el teléfono y llamó a Bonnie.

—Hermosa, no sé qué estás haciendo en estos momentos, pero deja todo lo que tengas entre manos. Nos ha salido un buen trabajito y tenemos que movernos rápidamente antes de las diez de la noche.

—Diríase que acabas de conseguir noticias interesantes sobre este asunto —observó Bonnie.

—En efecto, así es.

* * *

El automóvil se hallaba estacionado ante una casa de elegante aspecto, rodeada por un bien cuidado jardín, el cual se hallaba separado del exterior por una verja de hierro, cuya base se hallaba en el alto zócalo de mampostería, que distaba un metro del suelo. En el piso superior de la mansión se divisaban varias luces.

—La gente se mueve —comentó Bonnie desde el automóvil en que se hallaba junto a Drummond.

—Es lógico. Hay un enfermo desahuciado y habrá médicos y enfermeras.

—Drummond ocultó la llama de su encendedor con las dos manos para prender un cigarrillo. Después de inhalar la primera bocanada, prendió otro con la brasa del anterior y pasó éste a la joven—. Helen Mountain fue buena amiga y me gustaría ayudarla —agregó.

—¿Sólo... buena amiga? —preguntó Bonnie maliciosamente.

—La cosa no pasó de ahí. Para una chica de veintitrés años, un muchacho de diecinueve lleva todavía pantalones cortos. Además, ella siempre fue un poco... digamos nerviosa. Tendencias neuróticas, para que lo entiendas.

—Es la clase de personas crédulas, que digieren con la mayor facilidad los más absurdos embustes. Carne para estafadores, Wolf.

—Sí, y aunque no conozco a la viuda Burdette, me imagino que debe ser otra por el estilo. Los estafadores, por regla general, son siempre tipos muy hábiles, con gran psicología, y estudian detenidamente a sus víctimas antes de asestar su golpe. Ewiston es de esa clase, supongo.

—Lo es —confirmó Bonnie—. Pero ¿interviene en este caso?

Drummond consultó su reloj de pulsera. Faltaban escasos minutos para las diez, hora en que alguien vendría a buscar a Helen.

—Pronto lo sabremos —respondió—. Una cosa hay fuera de toda duda: Arnold Burdette ha fallecido, el doctor Marlowe certificó su defunción, y la viuda, de nombre Sharon, ha manifestado sus deseos de enterrar a su marido en el jardín de la finca que poseen a cierta distancia de Farnham. No es corriente, pero tampoco ilegal.

—Lo cual facilita los propósitos de Black Angel.

Drummond hizo un leve gesto de asentimiento.

Una figura, alta, vestida con traje oscuro, avanzaba a lo largo del sendero central del jardín. Drummond reconoció a Helen Mountain.

La dama abrió la verja y salió a la acera. Apenas diez segundos más tarde, un coche de aspecto normal se detuvo junto a la acera.

La luz de un farol cercano cayó de pronto sobre el rostro de la conductora.

—Demonios —dijo Drummond a media voz—. Pero si es...

—Apuesto algo a que la conoces —sonrió Bonnie.

—Ciertamente. Sin embargo, jamás supe imaginarme que May Holcombe pudiera verse mezclada algún día en un asunto como éste. Bien, el coche arranca y, para evitar que sospechen, nosotros nos vamos a adelantar lo suficiente. Sabemos que Burdette va a ser enterrado en su posesión, de modo que el único interés que teníamos era el de confirmar la asistencia de Helen a la ceremonia.

Drummond pisó el acelerador. Su coche pasó pronto al que guiaba May Holcombe. A los pocos segundos, Drummond se metió por una calle transversal. Si May le había reconocido, vería que iba con una mujer joven y bien parecida, para divertirse, pensaría.

El tránsito de vehículos había disminuido considerablemente. Drummond pudo así alcanzar una buena velocidad, y adelantarse holgadamente al coche en que viajaban las otras dos mujeres. Hora y media más tarde, detenía el

vehículo en un apartado camino vecinal.

A unos trescientos metros de distancia se divisaba una luz. Drummond y Bonnie se apearon del coche y caminaron a campo través, hasta hallarse en las inmediaciones de la tapia que protegía la finca.

—Habrás traído tus ganzúas —dijo él.

—No las he olvidado, Wolf —respondió Bonnie.

Minutos más tarde, vieron aparecer las luces de un coche. Prudentemente escondidos, vieron apearse a sus dos ocupantes. May empujó simplemente la puerta de hierro que cerraba la tapia y avanzó hacia la residencia que se veía al fondo, a unos sesenta pasos de distancia.

—Esperemos —dijo él.

Dejaron pasar cinco minutos más. Todavía faltaban quince para la medianoche. Entonces, Drummond se acercó a la puerta y empujó ligeramente. Bonnie, vestida con ropas oscuras, como él, le siguió a corta distancia.

La joven se había puesto pantalones, como prenda más cómoda para la ocasión. A los pocos momentos, vieron tres o cuatro coches estacionados en la explanada situada frente al edificio.

De repente, oyeron pasos en las inmediaciones. Drummond agarró la mano de Bonnie y tiró de ella, obligándola a agacharse detrás de un seto.

CAPITULO V

En realidad, no había motivos de alarma. Se trataba de una mujer, al parecer joven, quien, como vieron al poco, había ido a recoger el coche en que habían viajado Helen y May. El automóvil entró en el jardín y fue situado junto a los otros.

Drummond vio que se encendían todas las luces de un ala de la planta baja. Allí iba a tener lugar la ceremonia. Pero su decepción fue grande cuando se dio cuenta de que alguien corría las cortinas.

—Vamos, chica.

Corrieron en silencio. Drummond llegó junto a una de las ventanas y maniobró en el bastidor, alzándolo ligeramente. Con todo cuidado, alargó una mano y separó un tanto las cortinas. El gran salón de la casa apareció de repente a sus ojos.

Bonnie se estremeció. El ataúd estaba en el centro, sobre un pequeño túmulo, que no mediría más de treinta centímetros de altura, cubierto con un paño negro. En la cabecera había dos grandes cirios verdes, encendidos, que despedían un olor extraño, intenso, muy penetrante. "Debe de quemar alguna droga que narcotiza en parte a los espectadores", calculó.

De pronto, dos mujeres, jóvenes y muy bonitas, ambas vestidas con largos ropajes blancos, entraron en la sala, encabezando una pequeña procesión en la que iban media docena de personas de ambos sexos. Helen figuraba en la comitiva, pero no fue esto lo que atrajo la atención de Drummond.

A su lado, Bonnie sufrió un fuerte estremecimiento.

—¡Dios mío! ¡Es... es Stella Purvis!

* * *

Drummond agarró con fuerza el brazo de la joven.

—No grites —aconsejó en voz baja.

Bonnie no daba crédito a sus ojos. Había visto el esqueleto de Stella... y ahora la tenía frente a sus ojos, viva, radiante de belleza, con el pecho palpitante y las pupilas iluminadas por una luz extraña.

May Holcombe iba junto con ella. Las dos, con los brazos cruzados bajo el seno, se situaron a ambos lados del féretro, como sacerdotisas de una extraña y macabra religión. Los seis espectadores se habían sentado en sendas sillas, puestas en hilera, al otro lado del ataúd, en cuyo interior se veía a un hombre absolutamente inmóvil.

Una de las mujeres iba vestida de negro y se enjugaba las lágrimas con frecuencia. Había pasado largamente de los treinta años, pero aún tenía un notable atractivo físico. "Maduras, pero no otoñales, y con dinero", pensó Drummond.

El silencio era absoluto. De repente, un sonido musical se dejó oír. Las

doce campanadas del carillón del vestíbulo llegaron hasta los presentes.

En el mismo instante, se oyó un sordo rebufo. Una tremenda humareda brotó del suelo. Cuando se disipó, un hombre alto, delgado, vestido con un largo manto negro, se hizo visible ante los presentes.

—Es él, Ewiston —musitó Bonnie.

Extinguidos los ecos de las campanadas de la medianoche, el silencio se había hecho absoluto. Drummond miró a Helen. Con tal de que no cometiese alguna imprudencia...

Ewiston hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señora Burdette, amigos míos —dijo con tono apacible—. Gracias por haber acudido a esta ceremonia, gracias por tener fe en mí. Todos, salvo una mujer que ahora se siente desdichada, pero que luego será la persona más feliz del mundo, tienen familiares íntimos en grave e inminente peligro de muerte. Yo no puedo detener el curso de una enfermedad, que debe llegar hasta al final..., pero el final es también la curación de esa dolencia, porque yo vuelvo a la vida a los que han sucumbido. ¡Yo soy el vencedor de la Muerte! —clamó repentinamente.

Bonnie sintió escalofríos.

—Es preciso reconocer que lo hace muy bien —dijo.

Los brazos de Ewiston se desplegaron. Al sostener el manto, parecía un gran murciélago presto a lanzarse al aire.

—¡Arnold Burdette, por el Grande e Infinito Poder del Ser Superior para quien no hay nada imposible y a quien yo represento indignamente en este mundo lleno de bajezas, por la fuerza de mi Dueño y Señor, despierta!

Ewiston hizo una corta pausa.

—¡Despierta, Arnold Burdette! ¡Vuelve a la vida, vuelve a tu esposa! ¡Despierta, Arnold Burdette; yo te lo ordeno!

Drummond se sentía pasmado. De la muerte de Burdette no cabía dudar. Las investigaciones que había realizado al efecto resultaban plenamente convincentes.

Pero...

De pronto, el hombre que estaba en el ataúd separó ligeramente sus manos y abrió los ojos.

Sonaron varias exclamaciones. Una de las mujeres se desmayó, pero nadie se movió para atenderla.

Lentamente, Burdette se sentó en el ataúd.

—He estado en la más profunda oscuridad, donde sólo reina la nada —dijo con voz opaca—. ¿Qué me ha hecho volver a la vida?

Se oyó un agudo gemido.

—Arnold, esposo mío...

La señora Burdette se puso en pie. Helen Mountain miraba con morbosa fijeza al hombre que todavía estaba sentado en el ataúd.

Ewiston bajó los brazos.

—Los incrédulos se habrán convencido de la inmensidad de mis poderes

—dijo—. Ahora debemos retirarnos y dejar que los dos esposos gocen de su intimidad.

De nuevo se produjo la sorda explosión y la humareda. Cuando la atmósfera se hubo aclarado, Ewiston había desaparecido.

Burdette, ya en pie, y su esposa, estaban tiernamente abrazados. La mujer que se había desmayado estaba recuperada. May Holcombe se separó del túmulo.

—Por favor, regresen a sus casas y guarden absoluto secreto sobre lo que han visto. El Maestro se pondrá en comunicación con ustedes cuando sea necesario.

La reunión se disolvió. Drummond se acuclilló al pie de la ventana. Bonnie hizo lo mismo.

—Aquí hay algo de truco y algo de verdad —dijo él—. Lo difícil está en separar lo real de lo imaginario. Tal vez los espectadores estuvieran sugestionados, porque sugestionar a una persona que lo desea es harto sencillo, pero tú y yo vinimos con ojos críticos. Y, sin embargo, hemos presenciado la vuelta a la vida de un hombre que había muerto hace cuatro días.

Bonnie asintió.

—Quizá la clave está en Stella Purvis —murmuró.

—En parte, sí. Pero tendríamos que hablar con ella en algún lugar discreto...

Desde aquel punto, vieron a los espectadores que subían a sus coches. May esperó a la señora Mountain y se la llevó en el mismo automóvil en que había venido.

La explanada quedó desierta. Del piso de arriba llegó una voz llena de felicidad:

—Lo sabía. Sabía que ese hombre maravilloso te devolvería a mis brazos... Estás conmigo de nuevo, querido. No me importa el dinero que he debido gastar, con tal de tenerte otra vez junto a mí...

Drummond y Bonnie cambiaron una mirada.

—Si resucitar a las personas es cosa de dinero, los pobres no podrán nunca conseguir los “servicios” de Ewiston —dijo el primero sarcásticamente.

De repente, una figura humana apareció en la explanada.

Bonnie dio un codazo a su acompañante.

—Mira, ahí va Stella.

* * *

Stella Purvis se habla detenido, como irresoluta, sin saber qué hacer. Drummond apreció que se había cambiado de ropa y ahora vestía con sencillez, un abrigo de entretiempo y pantalones largos, ajustados a las piernas. La joven estuvo así unos momentos y luego avanzó hacia el único coche que había quedado y que se hallaba situado junto a la esquina del lado

opuesto.

De repente, Drummond echó a correr. Alcanzó a Stella cuando la joven tenía ya la mano en la puerta del coche.

—Stella —llamó.

La joven se volvió. A pesar de la semioscuridad, Drummond pudo apreciar algo raro en sus ojos. "¿Está hipnotizada?", se preguntó.

Stella no dijo nada.

—Quiero hablar con usted —dijo Drummond—. Y también una antigua conocida suya. Mírela, es Bonnie Cadogan.

—Hola, Stella —saludó Bonnie.

Hubo un momento de silencio.

—¿No me dices nada, Stella? —insistió Bonnie.

—Está narcotizada o tal vez sujeta a hipnosis —afirmó Drummond—. Lo mejor será que la llevemos a un médico para que la examine y la haga volver a la normalidad. —Alargó una mano—. Venga con nosotros, Stella —dijo persuasivamente.

Stella movió un poco el brazo. De repente, todo su cuerpo sufrió una terrible convulsión. Su boca se torció grotescamente, a la vez que emitía unos sonidos inarticulados. Luego sus rodillas se doblaron y cayó al suelo, antes de que Drummond pudiera evitarlo.

Bonnie se tapó la boca con las manos para no gritar. Drummond se quedó parado un instante, pero reaccionó y se precipitó sobre la joven caída en el suelo.

Stella aparecía absolutamente inmóvil. Drummond le puso una mano sobre el pecho. A los pocos segundos, terriblemente desconcertado, se levantó.

—Parece muerta —dijo.

—Es horrible —murmuró Bonnie—. Pero ¿cómo...?

—No lo sé —contestó él. Miró hacia la casa—. Voy a llamar a un médico. Quizá está bajo catalepsia; recuerda el aspecto alucinado que tenía. Sólo un médico podrá decir claramente lo que ha pasado.

—Sí, pero ¿dónde hay un teléfono?

Drummond miró hacia la casa.

—El señor y la señora Burdette están ahora demasiado entretenidos para preocuparse por la intrusión de unos desconocidos —dijo—. Y apostaría algo a que estás deseando tomarte un buen trago.

—No lo sabes bien —suspiró Bonnie—. Ha sido una noche... de todos los diablos.

La puerta de la residencia no estaba cerrada con llave. Drummond y la muchacha fueron al salón donde se había celebrado la tétrica ceremonia. Los cirios estaban apagados, pero el olor persistía, agradable y nauseabundo a un tiempo, a la vez que muy intenso.

Mientras Drummond llamaba por teléfono, pidiendo a la central que avisaran a un médico, Bonnie llenó dos copas. Cuando él terminó, Bonnie se sintió levemente mareada.

—Será mejor que salgamos de aquí. Este olor no me gusta; parece que influye bastante en el cerebro.

Bebieron en el vestíbulo. Dentro de la casa reinaba un silencio absoluto. Drummond se imaginó a la bella Sharon Burdette en brazos del esposo, a quien ya consideraba perdido para siempre, y brindó silenciosamente por ella, Pero cuando llegase el médico y se encontrase con su cadáver ante la casa...

—Es preferible no pensarlo —musitó—. Salgamos, Bonnie.

Abandonaron la casa con las mismas precauciones que a la entrada. De pronto, Drummond se detuvo en seco.

—¡Ha desaparecido! —exclamó.

Bonnie se quedó atónita. El cuerpo de Stella ya no se encontraba en el sitio donde la habían visto caer.

Drummond avanzó unos pasos. Tal vez alguien había escondido el cuerpo, pensó. Pero, de súbito, vio algo que le dejó helado.

Bonnie lo vio casi al mismo tiempo y se abrazó estrechamente al joven. En el lugar donde había estado el cuerpo de Stella había ahora solamente la silueta de una figura humana, nítidamente señalada en un color que, pese a la escasa luz, se apreciaba era de un gris verdoso nada agradable.

En el ambiente flotaba un olor no muy intenso, pero sí claramente identificable: olor a muerto. Bonnie se sintió desfallecer y tiró del joven.

—Vámonos, vámonos...

—Pero el médico va a venir —alegó Drummond.

—Déjalo, Wolf. Por favor, no puedo seguir aquí un segundo más.

Drummond reconoció los motivos de la joven y se dejó llevar, terriblemente impresionado por lo que había visto.

—Parece increíble —dijo, momentos después, cuando ya estaban de vuelta a Londres—. En unos minutos, Stella se ha transformado en polvo.

—Wolf, estoy por pensar que Ewiston tiene poderes sobrenaturales —dijo Bonnie.

—No creas en esas tonterías. Debe de conocer algunas drogas de características especiales, sabe hacer buenos trucos, tú misma dijiste que en ocasiones parece un mago..., pero no hay nada de nada sobre poderes ultraterrenos.

—El mensaje que ardió por sí solo...

—Alguna composición química, eso es todo.

—¡Pero el cuerpo de Stella se ha disgregado en unos pocos minutos!

Drummond meneó la cabeza.

—Eso sí me parece realmente extraño, sobre todo, teniendo en cuenta que daba la sensación de estar drogada o sujeta a hipnosis. Pero tengo un remedio, creo, para aclarar el enigma.

—¿Cuál es el remedio, Wolf?

—May Holcombe.

—¿La conoces bien, Wolf?

—Bonnie, un hombre debe ser siempre discreto acerca de lo que ha habido

entre él y una mujer hermosa, pero contigo tengo la suficiente confianza para decirte que en tiempos hubo un romance entre May y yo.

Ella le miró de soslayo.

—Tengo la impresión de que muchas veces te has sentido débil ante una mujer bonita —comentó jovialmente.

—¿Muchas veces? ¡Siempre! —rió Drummond.

CAPITULO VI

Un atildado mayordomo condujo a Drummond a presencia de la dueña de la casa. Helen Mountain, muy pálida, con grandes ojeras, tendió ambas manos a su visitante.

La mujer vestía discretamente. A Drummond le pareció aún más hermosa en su aflicción.

—Gracias por haber venido —dijo ella.

—Tú me pediste un consejo y trato de ayudarte. Anoche fuiste a una ceremonia.

—Sí. Wolf, es cierto, ese hombre resucita a las personas...

—¿Conocías a Burdette?

—De un modo superficial. Habíamos asistido a algunas fiestas y nos encontramos varias veces. Su fisonomía era inconfundible. No puedo engañarme... como no se engañó su esposa.

—Helen, yo no quiero quitarte las ilusiones. De sobra me imagino el trance tan amargo que estás pasando... pero tengo la impresión de que todo lo que hizo anoche el representante del Ser Superior es un truco.

Helen se puso una mano en el pecho.

—¿Quieres decir que Burdette no estaba muerto?

—No lo sé aún. Puede que sí hubiese fallecido realmente..., pero en este asunto hay un truco, una trampa... Tengo que encontrarla, es todo lo que puedo decirte.

—Wolf, después de lo que vi anoche, yo creo que mi esposo volverá a la vida después de su muerte —dijo Helen con voz firme.

—Lo que me gustaría mucho más es que los médicos pudieran curarle —rezongó Drummond—. Esto es una estafa, Helen.

—¡A mí no me ha pedido dinero! —protestó ella.

—Pues a la señora Burdette sí le ha pedido y mucho, a juzgar por lo que pude escuchar anoche.

Helen abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo? ¿Estuviste...?

—Sí —contestó Drummond—, Lo vi todo. Incluso, más tarde, cuando ya os habíais marchado los espectadores, escuché la voz de Sharon Burdette que hablaba con su esposo. Ella dijo que le había costado muchísimo dinero, pero que ello carecía de importancia ante la felicidad de tenerle nuevamente a su lado. Escúchame bien, Helen. No te pido que dejes de creer en ese sujeto..., pero síguele la corriente. Tarde o temprano, te pedirá dinero. Entonces, inmediatamente, me avisarás, ¿comprendes?

—Está bien —accedió ella—. Pero yo daría toda mi fortuna por tener a mi esposo de nuevo junto a mí.

Drummond elevó los ojos al cielo. “Otra crédula mujer, que se va a dejar vaciar los bolsillos”, pensó.

—Lo comprendo perfectamente y no quiero coaccionarte para que obres contra tus deseos. Lo único que te pido es que me avises apenas , te pida dinero ese impostor.

—¡Es un hombre veraz, tiene poderes sobrenaturales!

—De acuerdo, de acuerdo, pero ¿me avisarás?

—Te lo prometo, Wolf.

Drummond se marchó de la casa bastante desazonado. Empezaba a pensar que Ewiston quizá no tenía poderes sobrenaturales, pero sí de otra clase que le permitían sugestionar fácilmente a ciertas personas de naturaleza impresionable.

Sin embargo, estaba el misterio de la desintegración del cuerpo de Stella Purvis. ¿Cómo se había producido?

Entró en una cabina telefónica. Momentos después, estaba en contacto con Bonnie.

—¿Qué sabes del doctor Marlowe? —preguntó.

—Hay unos cuantos con ese nombre en el Anuario del Colegio Médico de Londres, pero ninguno ha certificado la defunción de Arnold Burdette. Wolf, ¿qué dice tu amiga?

—Está loca —gruñó el joven—. Bonnie, he pensado regresar a la casa de los Burdette.

—¿Para qué? —se asombró ella.

—Quiero hablar con la ex viuda. Y con el resucitado, si es posible, por supuesto.

—Muy bien. Ven a verme en cuanto regreses.

Drummond sonrió.

—Bonnie, me gustaría una cena íntima, a la luz de las velas —dijo.

—Habrá cena íntima, querido... —contestó ella.

Después del diálogo telefónico, Drummond consultó su reloj. La noche pasada en blanco le había hecho dormir más de lo acostumbrado. Eran ya las once de la mañana. Antes de la una, pensó, podía estar en casa de los Burdette. Una hora, máximo, de permanencia en aquel lugar... Alrededor de las cuatro estaría de vuelta en Londres y hasta las siete y media tenía tiempo de sobras para conversar con May Holcombe.

—Si es que vive todavía en el mismo sitio —murmuró, mientras hacía girar la llave de contacto.

* * *

El aspecto de Sharon Burdette había cambiado notablemente, apreció Drummond, cuando ella abrió la puerta de la casa. Ahora llevaba puesto un traje de vivos colores, estampado, de manga corta, y se había peinado cuidadosamente. Aunque todavía le quedaban ojeras, el rostro era muy distinto del que había visto la noche anterior.

—¿Qué desea, caballero? —preguntó Sharon.

—Me llamo Drummond —se presentó el visitante—. Deseo hablar unos momentos con usted, señora Burdette.

—Si viene a proponerme algún seguro o una venta a plazos...

—Nada de eso, señora. Simplemente, deseo que me indique la dirección del doctor Marlowe, que fue quien certificó la defunción de su esposo.

—Mi esposo está...

—Vivo.

Sharon se irguió.

—No tengo nada que decir, señor Drummond —exclamó secamente.

—El señor Burdette volvió anoche a la vida. Lo sé positivamente. No tiene por qué engañarme, señora.

Ella se mordió los labios.

—No es un delito querer que el hombre amado vuelva a revivir —manifestó.

—Usted no ha cometido ningún delito, señora. Sólo quiero dos cosas: primero, la dirección del doctor Marlowe. Segundo, hablar con su esposo.

—Mi marido ha salido de viaje. Volverá dentro de unos días. Tenía unos negocios que debía atender y cuya solución no podía retrasar un minuto más. Ignoro la dirección del doctor Marlowe —dijo Sharon de una tirada.

—Pero las personas con quienes vaya a tratar se extrañarán de verle vivo...

—Algunas no sabían siquiera que había fallecido. Otras se enterarán de que la noticia fue un error.

Aquella mujer, pensó, estaba convencida de que su esposo había vuelto a la vida. Pero ¿era cierto?

—¿Podría pasar un momento al salón, señora?

Sharon hizo un leve gesto de sorpresa, pero accedió. A Drummond no le extrañó ver el salón con su aspecto normal.

—Anoche había aquí un féretro, señora —dijo.

—Es cierto, pero mi esposo, apenas amaneció, lo llevó a un cobertizo posterior. Dijo que a su regreso lo haría astillas.

—Yo también, si me hubiera encontrado en su sitio.

—Oiga, ¿cómo sabe usted...?

—Aunque no estaba invitado a la ceremonia, lo vi todo.

Sharon se quedó atónita. Drummond ya no quiso seguir más y se dirigió hacia la salida.

De pronto, se volvió hacia la mujer.

—Señora, ¿qué le ha costado la "resurrección" de su esposo? —preguntó.

Sharon se puso rígida.

—No creo que eso le importe —respondió.

—Si su esposo está vivo, cualquier suma pagada por ello debe de parecerle una minucia. Pero, por la misma razón, tampoco tiene motivos para ocultarlo.

—Está bien —dijo ella, tras una ligera vacilación—. Cuarenta mil libras.

—Oiga, el representante del Ser Superior debería hacer eso gratuitamente. Puesto que se trata de una obra benéfica...

—Hay gentes humildes, a las que debe atender. Los que tenemos cierta fortuna debemos ayudar a los pobres.

—Ah... —murmuró Drummond. "El cuento de siempre", pensó—. ¿Tardará mucho en regresar su marido, señora?

—Una semana, aproximadamente. ¿Algo más?

—No, eso es todo. Mil gracias, señora Burdette.

Drummond salió a la explanada. Allí, a su derecha, a veinte pasos, había caído Stella Purvis,

¿Muerta?

El suelo estaba húmedo. Drummond sabía que no había llovido en varios días.

Cerca de la esquina, junto a unos parterres, había una toma de agua, con la manguera enchufada. Junto a la boca de la manguera, la humedad era mucho más acentuada.

La mancha en forma de silueta había desaparecido.

Drummond se estremeció. ¿Quién había lavado aquel puñado de polvo en que se había convertido el cuerpo de Stella Purvis?

La voz de Sharon sonó en la puerta:

—¿Olvida algo, señor Drummond?

—No. O, por mejor decir, sí. ¿Quiénes eran las personas que asistieron a la ceremonia anoche?

—Lo siento. Algunas me eran desconocidas. En cuanto a las otras, formulé la promesa solemne de no revelar su identidad.

—Comprensible, señora. Ah... —Drummond se dio una palmada en la frente—, antes habló del ataúd...

—¿Acaso quiere verlo?

—Si no tiene inconveniente, por supuesto.

Ella descendió las escaleras.

—Venga —dijo.

Momentos después, entraban en un cobertizo destinado a guardar útiles de jardinería. El ataúd estaba allí, tal como había asegurado Sharon Burdette.

Drummond levantó la tapa. No, no había ningún cuerpo en su interior. Con una sonrisa de circunstancias, se volvió hacia la mujer.

—Le ruego dispense las molestias que le he ocasionado, señora Burdette —se despidió.

* * *

Después de la cena, Bonnie sirvió el café y los licores.

—No encuentro el menor rastro del doctor Marlowe —dijo.

—Será un cómplice de Ewiston —supuso Drummond—. Yo he ido a casa de May Holcombe, pero el conserje me ha dicho que tardará un par de días en regresar.

—Irás a verla, supongo.

—Tengo interés en hablar con ella. Resultará interesante, me parece.

—Estoy seguro de ello. ¿Es guapa?

—Menos que tú, Bonnie.

Los ojos de la joven chispearon.

—Eres muy diplomático —sonrió.

Drummond estaba en el diván y ella a su lado. De pronto, él movió su brazo y la atrajo hacia sí.

—Eres una chica maravillosa, en todos los sentidos —murmuró.

—Wolf, te he invitado a cenar solamente... —dijo Bonnie.

—Entonces me iré.

Los brazos de la joven rodearon el cuello de su huésped.

—No te lo permitiré -—murmuró ardientemente.

—Te estás contradiciendo...

—Tú tienes la culpa —Bonnie cerró los ojos—. Es maravilloso —suspiró largamente—. Sé que no durará mucho, que un día dejaremos de vernos, pero, mientras tanto...

Buscó la boca del hombre con avidez y se pegó a su cuerpo con ansia. “Un día se marchará y ya no le veré más, pero mientras tanto quiero tenerle junto a mí”, pensó.

Por la mañana, Bonnie llevó un desayuno a la cama. Drummond se sentó y apartó a un lado el pelo con la mano.

—Veo el periódico —sonrió—. No olvidas detalle querida.

—Lo encargué por teléfono al conserje —respondió Bonnie.

Sentado en la cama, Drummond hojeó el diario con una mano. En la otra tenía una taza de café. Bonnie estaba en la cocina.

Repentinamente, ella oyó un agudo grito:

—¡Bonnie, ven!

Echó a correr. Drummond le entregó el periódico, doblado de modo que pudiera leer la noticia que tanto había llamado su atención.

—Mira, entérate —dijo él.

La noticia era muy interesante. Se había conseguido identificar los restos encontrados en la calle Buxton. No eran de Stella Purvis, como se había pensado en un principio, decía el periódico, sino de un tal Matt Barstow, antiguo actor de teatro, de escaso renombre, desaparecido tres años antes.

—Barstow —murmuró Bonnie, tras la lectura—. El nombre me suena...

—Tendrás que esforzarte para recordarlo —dijo él—. Pero ¿cómo diablos pudimos confundir su esqueleto con el de Stella?

—Stella fue siempre una chica muy alta. Además, llevaba un anillo que yo conocía. No había ropajes sobre los huesos, de modo que la confusión resultaba lógica.

—Pero ahora sabemos que Stella vivió durante todo este tiempo y que, sin embargo, murió hace dos días.

—Una muerte horrible —se estremeció Bonnie.

Drummond le entregó la bandeja.

—Voy a bañarme —dijo—. Tengo que salir. Tú sigue investigando el rastro del doctor Marlowe.

—Está bien.

Al terminar de vestirse, Drummond hizo una llamada telefónica.

—Está peor —dijo Helen, refiriéndose a su esposo.

—Lo siento tantísimo —manifestó Drummond sinceramente—. ¿Te han pedido dinero... para lo que sabes?

—No, ni un penique —fue la firme respuesta de la señora Mountain.

CAPITULO VII

Cuando May Holcombe abrió la puerta, vio a un hombre apoyado en la jamba, en actitud negligente, pero con la sonrisa en los labios. Tras unos segundos de indecisión, May reconoció a su visitante.

—¿Eres tú, tu fantasma o tu gemelo, Wolf Drummond? —dijo de excelente humor.

—Nacimos sextillizos. Yo soy el quinto.

May se echó a reír. Alargó el brazo y tiró de su visitante.

—Entra, maldito —invitó.

—¿Me odias?

—Voy a llenar la bañera de aceite hirviendo. Te seduciré y cuando más distraído estés con mis encantos, ¡zas!, te arrojaré dentro.

Drummond contempló a la joven de pies a cabeza. Era una hermosa mujer, muy alta, de cabellos cobrizos y ojos verdosos. La silueta, le pareció, era un tanto exuberante. O quizá era la ropa, muy ceñida.

—¿Qué quieres beber? —preguntó May.

—Dinamita líquida. Pero tú beberás conmigo.

—Así explotaremos los dos, ¿eh?

—Como en los viejos tiempos, nena.

—Eh, que no ha pasado un siglo, tú —protestó ella.

—Entonces, como en los buenos tiempos. Oye, ¿por qué no pones fuera una alambrada y media docena de mastines?

May le entregó una copa.

—¿Por qué habría de hacerlo? —se extrañó.

—Los hombres no saben que vives aquí. De lo contrario, los tumultos se producirían constantemente.

Ella se echó a reír.

—Nunca pierdes el buen humor —contestó—. Ven, siéntate conmigo.

Drummond se acercó al diván. May estaba sentada, con un espectacular despliegue de piernas cubiertas por unas medias muy finas, de color gris humo. El vestido era muy escotado; Drummond sabía que a May le gustaba lucir los innegables encantos de un busto firme y netamente femenino.

—Había llegado a olvidarte, lo confieso —dijo ella—. ¿Qué haces ahora?

—Sigo de picapleitos. No me va mal, debo admitirlo. ¿Qué haces tú?

—Oh, tengo un buen empleo.

—Apostaría algo a que no estás detrás de un escritorio.

May lanzó una carcajada.

—Antes me tiraría al río. Trabajo con un tal Peter Lawrence. Es mago, pero sólo hace demostraciones privadas. Muy caras, por supuesto.

—No entiendo —dijo él.

—Ni quieras entenderlo. Es secreto profesional.

—Vamos, May...

—Wolf, tú también te acoges al secreto profesional cuando hace falta, ¿no. es así?

—Lo mío es distinto, mujer.

Ella le acarició la nariz con la yema del índice.

—No la metas donde no debes —aconsejó—. Tengo buenos ingresos y no quiero echarlos a perder, cometiendo indiscreciones.

—Bueno, no quise enojarte. Dispénsame, preciosa.

May le abrazó impulsivamente, a la vez que le miraba con ojos ardorosos.

—¿Por qué no recordamos los viejos tiempos, Wolf? —murmuró, insinuante.

Drummond bajó su mano derecha y pellizcó un punto muy carnoso. May dio un pequeño salto y se separó de él.

—Los viejos tiempos son- ceniza —dijo melodramáticamente—. Preciosa, tengo trabajo. Simplemente, pasaba por aquí y se me ocurrió saludarte.

—Es casi una visita de médico —se quejó ella.

Drummond la besó levemente.

—Vendré otro rato, sin prisas —se despidió.

La entrevista, pensó al salir, no había dado todo el resultado apetecido. May había sido siempre una mujer ardiente, pero con la cabeza fría. Su apasionamiento no la dejaba arrastrarse jamás a sitios a los que no quería ser conducida.

Y, además, era terriblemente ambiciosa.

Sería preciso tenerlo en cuenta, resumió así sus reflexiones, mientras se sentaba tras el volante de su automóvil.

* * *

—De modo que todo lo que ha dicho es que trabaja para un mago, que hace demostraciones privadas.

Drummond, sentado en el diván, tenía la cabeza reclinada en el respaldo y los ojos cerrados.

—¿Dónde están tus artes mágicas de infalible conquistador? —preguntó Bonnie, en vista del silencio de Drummond.

—Fue hace cuatro años. Una mujer medianamente inteligente aprende el doble que un hombre en el mismo tiempo, y más si es ambiciosa como May Holcombe. Ella quería algo más que un simple picapleitos.

—Sospecho que no tendría motivos de queja hacia ti —dijo Bonnie maliciosamente.

—En May ha dominado siempre el cerebro. Nunca se dejó llevar por un exceso de apasionamiento.

—Eso no es cierto o ya habría pescado a un millonario, si es tan bonita como pude ver la otra noche.

—Mujeres guapas hay a montones. Los millonarios son más escasos. Y la mayor parte se casan con mujeres de su misma clase. A veces se lee en las

revistas de sociedad que tal o cual tipo podrido de dinero se ha casado con una modelo, con una joven guapa, pero humilde..., pero eso es más bien la excepción que la regla.

—Estás filósofo, Wolf —sonrió Bonnie.

—No, digo lo que siento. Me equivoqué con May y no quise entrar en más honduras. Francamente... tuve miedo.

—¿Por qué?

—Le hubiera preguntado por Stella Purvis, pero no me atreví. Ella podría haberlo mencionado a Lawrence, ¿comprendes?

-—¿Quién es Lawrence? —se sorprendió Bonnie.

—Ella lo llamó así. Yo supongo que es otro de los nombres de Ewiston.

—Comprendo. Wolf, ¿es cierto que Stella se desintegró?

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Drummond murmuró:

—Si pudiéramos encontrar a Ewiston...

—Yo no he podido recordar quién era Barstow, aunque, insisto, el nombre me suena. Quizá eso podría habernos dado una pista sobre Ewiston, pero empiezo a sospechar que no vamos a tener otro remedio que esperar a que muera el esposo de Helen.

—Desgraciadamente, creo que tienes razón —concordó.

* * *

Tres días más tarde, Drummond recibió una llamada de Helen.

—Tenías razón, me ha pedido dinero —dijo ella,

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

—La tarifa sigue subiendo.

—¿Cómo?

—A Sharon Burdette le pidió cuarenta mil.

—Oh, comprendo. Wolf, ¿qué me aconsejas?

—Si de mí dependiera, te prohibiría soltar un solo penique, Helen.

—Pero él está cada día más grave...

—¿No hay remedio?

Helen sollozó.

—No, no la hay —repuso.

Drummond se mordió los labios. Tal vez no se podía hacer nada para evitar la muerte de una persona, pero sí debía hacer todos los posibles para evitar que Helen resultase no sólo estafada, sino cruelmente engañada.

—¿Te ha dicho cómo debes entregarle el dinero? —preguntó.

—Billetes de Banco, claro.

—Sí, los cheques no convienen. Bien, Helen, la decisión es tuya...

—Mi esposo morirá, pero luego volverá a vivir —exclamó ella apasionadamente.

Drummond no quiso decir nada. A pesar de que la había advertido, Helen

seguía creyendo en Ewiston.

—De acuerdo —dijo—. Pero, dime, ¿dónde tendrá lugar la ceremonia?

—Mi esposo tiene un panteón familiar en su pueblo natal. Ewiston y yo volveremos allí cuatro días después del entierro.

—Muy bien, estaré al tanto —prometió Drummond.

A continuación llamó a Bonnie.

—¿Cómo andas de trabajo? —preguntó.

—Bastante —respondió la joven—. Ten en cuenta que la agencia tiene más casos...

—Comprendo. Pero ¿quedarás libre para cenar a las siete y media en el Villiers?

—Un sitio muy elegante, Wolf.

—No tendrás que incluir la cuenta en la nota de gastos de la agencia —sonrió él.

—También tengo mi peculio particular, buen mozo.

—De todos modos, invito yo. Ponte algo que me haga bailar los ojos de alegría. Hasta luego.

Drummond colgó el teléfono nuevamente y se pellizcó el labio inferior con aire pensativo. Ronald Mountain sería enterrado en el panteón familiar. Convendría conocer el terreno para cuando llegase el momento, se dijo.

* * *

Bonnie llegó, deslumbrante de belleza. El peinado era muy sencillo y el rostro apenas tenía maquillaje. Drummond apreció el discreto escote, aunque la espalda quedaba completamente al aire. El color del vestido era rojo muy oscuro, adecuado para la blancura de los trozos de piel que quedaban al descubierto.

Tras sentarse a la mesa, Drummond presentó a la joven el menú que había encargado por si tenía alguna objeción en contra. Bonnie sonrió.

—Es el que yo hubiera elegido —dijo.

La cena transcurrió con normalidad. Charlaron de temas intrascendentes. Drummond habló de cierta propuesta que tenía en estudio, para entrar como asesor jurídico en una empresa que, modesta actualmente, prometía un gran progreso en el futuro.

—Puede ser mi ocasión —dijo al terminar.

—Entonces, no la desaproveches. La suerte se tiene una sola vez al alcance de la mano, Wolf.

—No pienso desaprovecharla —contestó él sibilinamente.

Tras la cena, Drummond miró fijamente a su bella interlocutora,

—Es probable que esta vez, al fin, podamos echar mano a Ewiston —dijo.

—¿Cómo?

—Mountain está desahuciado. Le quedan muy pocos días de vida, una semana, como máximo. Será enterrado en el panteón familiar y, cuatro días

después, la viuda asistirá a la “resurrección”.

—Entiendo. Nosotros también estaremos presentes, supongo.

—Empezaste por lo que te parecía una estafa. Se ha complicado con algo muchísimo más grave.

Bonnie asintió.

—Es cierto —convino.

—Cariño, yo pienso ir mañana a examinar el panteón familiar de los Mountain. Quiero conocer el terreno para cuando llegue la hora de actuar, ¿entiendes?

—Me parece muy bien.

—Volveré por la noche. Ya te informaré de lo que haya encontrado.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Hay un punto importante que no hemos conseguido aclarar. Me refiero al médico que certificó la defunción de Burdette.

—Ninguno de los Marlowe actualmente en ejercicio en Londres lo hizo. Pero el país es grande, Wolf —alegó ella.

—Lo que encuentro curioso es que la señora Burdette dijera que no sabía la dirección de Marlowe. Entonces, ¿cómo le llamaban cuando necesitaban que atendiese al paciente?

—Habría que preguntárselo, ¿no crees?

—Lo intentaré. Otra cosa: ¿has recordado quién era Barstow? Dijiste que el nombre te parecía conocido...

—Tal vez asistí a una función de teatro en que trabajaba él.—contestó Bonnie.

—Pero un actor de teatro podría representar un buen ayudante para un hombre como Ewiston.

—Cierto, aunque no me imagino cómo...

—Cuando tú trabajabas para Ewiston, ¿resucitaba ya a las personas?

—No. Tengo la impresión de que empezaba a preparar el terreno, esto es, sembrar la semilla para el futuro. No, yo nunca intervine en uno de esos casos. Era, ya te lo he dicho, una especie de azafata, pero lo dejé cuando Ewiston se creyó que el contrato incluía también el derecho de pernada.

Drummond sonrió.

—Un término actualmente en desuso —comentó.

—El término, puede que sí, pero la acción, para algunos que emplean a mujeres jóvenes, sigue plenamente vigente.

—Yo no te tengo empleada, Bonnie.

Ella pasó el brazo por encima de la mesa y apretó afectuosamente la mano de su oponente.

—Tú eres... distinto —contestó.

Drummond regresó a su casa pasada la media noche. Al abrir la puerta, notó un extraño olor, nada agradable.

Una sacudida recorrió su cuerpo. Aquel olor...

Levantó la mano para encender la luz. Una voz cavernosa brotó

súbitamente del fondo de la sala.

—¡Quieto!

Drummond se inmovilizó. Frente a él divisaba una sombra oscura, alargada, sin otros rasgos.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Estás estorbando mi labor. Déjame en paz o te enviaré al lugar donde reinan las tinieblas eternas.

—No me hagas reír. Tú eres un impostor, un sacacuartos vulgar...

—¡Incrédulo! Podría destruirte con la mayor facilidad, de la misma manera que una mariposa se quema en la llama de un candil..., pero quiero darte la oportunidad de que rectifiques y me dejes continuar mi labor en paz. Te avisé una vez, pero no has hecho caso. Este es el último aviso... con una muestra de mi infinito poder.

—¿De veras?

—Estoy aquí, pero voy a marcharme sin necesidad de utilizar ningún vehículo; sólo con la potencia de mi mente. ¡Enciende las luces!

Drummond obedeció. Delante de él había un hombre, muy alto, envuelto en un largo manto negro, con la capucha hacia delante, de modo que le resultaba imposible ver sus facciones.

—Repito que es mi último aviso —dijo la voz—. ¡Adiós!

Súbitamente, la ropa empezó a humear. Pero no había llamas.

La capucha y el manto se disolvieron en humo. Atónito, Drummond apreció que debajo de aquel manto no había ningún cuerpo humano.

Momentos después, todo lo que quedaba de aquellos negros ropajes era un montoncito de cenizas apestosas.

—Si tiene los poderes que dice, realmente son fantásticos —comentó para sí, a la vez que abría una ventana, para que se renovase la atmósfera—. Y si es un truco, resulta preciso convenir en que está muy bien hecho.

CAPITULO VIII

A su regreso, comentó con Bonnie lo que le había sucedido la víspera.

Bonnie se mostró muy impresionada.

—Yo me hubiera muerto de miedo —dijo.

Drummond sonrió.

—En un principio, lo confieso, yo también me asusté un poco. Luego me di cuenta claramente de que era un truco.

—¿Estás seguro? A veces pienso que, efectivamente, ese hombre posee un poder sobrenatural...

—Bonnie, no te dejes llevar por fantasías. Tengo un amigo químico y ya se está ocupando de hacer un análisis de las cenizas del manto.

—Oh, tú quieres saber cómo hace el truco.

—En efecto. Y en cuanto a la voz... un micrófono oculto, no cabe la menor duda. Muy bien oculto, porqué todavía no he podido encontrarlo.

—Ewiston es ventrílocuo también —le recordó Bonnie.

—Pero no estaba en casa. Yo la registré a fondo, después de que él se hubiera convertido en humo. No, tuvo que ser un micrófono.

—Wolf, en la agencia hay un buen especialista. ¿Quieres que lo envíe a tu casa?

—No sería mala idea. Otra cosa: ¿hay noticias de Marlowe?

Ella hizo un gesto negativo.

—Lo siento.

Drummond apretó los labios.

—Tendré que volver a entrevistarme de nuevo con la señora Burdette —dijo—. Pero prefiero aguardar unos días.

—¿Por qué?

—Ella dijo que su esposo se había ausentado y que estaría fuera una semana. El viernes próximo se cumple esa semana. Lógicamente, debemos pensar que, a su regreso, el señor Burdette irá a reunirse con su bella esposa para pasar ambos juntos el fin de semana.

—Sí, parece lógico. ¿Y entonces...?

Drummond se puso un cigarrillo en los labios.

—Y entonces, resultará muy interesante hablar con alguien que ha estado en el otro mundo y que ha vuelto a éste, cochino, repugnante, valle de lágrimas si tú quieres, pero que nadie, salvo los suicidas, gusta de abandonar voluntariamente.

Bonnie sonrió.

—¿Le encuentras atractivo a este perro mundo? —preguntó.

El joven se inclinó hacia delante y rozó los cálidos labios de su hermosa interlocutora.

—Todos los atractivos —contestó.

Al día siguiente, Drummond fue a visitar a Helen Mountain. Cuando se

disponía a abandonar el coche, vio salir de la casa una cara conocida.

Esperó unos minutos. May Holcombe subió a su automóvil y se alejó. Drummond la contempló pensativamente. Luego se dirigió a la residencia de los Mountain.

Helen le dio noticias sumamente pesimistas. Prudente, Drummond juzgó oportuno no mencionar la visita de May Holcombe.

—Se lo preguntaré a la interesada —murmuró, cuando regresaba de nuevo a su coche.

May no estaba en su casa. Tenaz, Drummond aguardó largas horas, hasta que, al fin, la vio volver. Apenas entró en su casa, él la siguió.

Momentos después, Drummond tanteaba la puerta del apartamento. Hizo girar el pomo y se coló en su interior silenciosamente.

May no estaba a la vista. De pronto, oyó ruido de grifos abiertos.

Esperó unos minutos. Luego, paso a paso, se encaminó hacia el baño.

May estaba en la bañera, con la espuma hasta el cuello. Drummond se apoyó en la jamba de la puerta.

—Me gustaría tener a mano una cámara fotográfica —dijo.

May lanzó un pequeño gritito de sorpresa. Luego, al reconocer a su visitante, sonrió.

—¿Te gusta ver a las señoras en el baño? —preguntó.

—Es un espectáculo muy agradable, en efecto. Y no tiene nada de magia; todo es muy real... y muy perfumado.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—Soy de carne y hueso y, además, empleo unas sales de baño muy buenas —contestó.

—Claro, no es ningún truco. No .puedes esfumarte después de chasquear los dedos, como si estuvieses en un teatro. Y, además, no me gustaría.

—Wolf, ¿adónde quieres ir a parar? —preguntó.

—¿Conoces a la señora Mountain?

—¿Te interesa mucho la respuesta?

—Cuando yo era un adolescente, estuve platónicamente enamorado de ella. La amistad, pese a los años, se ha conservado, ya que mis sentimientos no recibieron la debida correspondencia.

May empezó a frotarse la espalda con la esponja situada al extremo de un bastón.

—Somos amigas —dijo—. He ido a interesarme por la salud de su marido. Ronald está muy mal. ¿Lo sabías?

—Sí. Por cierto, ¿le asiste el doctor Marlowe?

Los ojos de la joven despidieron un inequívoco chispazo de ira.

—Wolf, no te metas en esto —dijo cortantemente.

—May, quiero decirte una cosa. La estafa, en sí, es un delito. A veces, sin embargo, hay personas que se merecen ser estafadas. Pero yo no quiero que juegues con los sentimientos de una buena amiga mía. Ella tiene dinero, en efecto, y lo daría todo por evitar la muerte de su esposo. Pero si muere, como

todo parece indicarlo, y luego ella sufre un desengaño... y sé que tú has tenido algo que ver en ese asunto... vendré a buscarte y te retorceré el cuello.

May guardó silencio. En su rostro, sin embargo, había una expresión de odio infinito.

—Adiós, Wolf.

—Ojalá fuese verdad..., pero sospecho que volveremos a vernos. Y. no ganarás nada con ello.

Cuando el joven se marchaba, May agarró el frasco de sales y se dispuso a lanzárselo, pero contuvo el gesto en el último momento. Su pecho se agitaba con violencia, a la vez que murmuraba frases en las que latía una ira infinita.

—Esto se ha acabado —murmuró—. La última representación y...

Aquella misma noche, Bonnie enseñó a Drummond un objeto.

—Estaba en el interior de tu televisor —dijo.

—Oh, el único sitio en que no se me ocurrió mirar —sonrió él, mientras contemplaba el diminuto transmisor de radio.

—Es que no eres especialista —contestó Bonnie—. Para un aparatito como éste, en un televisor hay siempre huecos de sobra. Sobre todo, si se tiene en cuenta que no funcionará cuando conectes el televisor, sino solamente cuando alguien quiera decirte algo... con voz cavernosa.

—¿A mucha distancia?

—Mil metros como máximo. Pero debía de estar mucho más cerca, seguramente en un sitio desde el que podía ver tu casa sin dificultad. Tenía otro transmisor idéntico y así pudo escuchar tus respuestas.

Drummond asintió. Luego sacó un papel del bolsillo.

—Yo también he averiguado algo muy interesante. Te hablé de un amigo químico, creo.

—Sí.

—Los ropajes estaban impregnados de una sustancia que reacciona extraordinariamente al influjo de la luz y arde sin llama. Después de empapar un trozo de tela, por ejemplo, es preciso dejar que se seque, pero, inmediatamente, hay que preservar la tela de la luz. Lo mismo pasó con el mensaje contenido en un sobre.

—Entiendo. Fueron a tu casa, sacaron el manto de una bolsa o de un maletín y lo pusieron allí.

—Justamente. El transmisor de radio hizo el resto.

—Pero tú viste la figura erguida. ¿Cómo podía sostenerse en pie un manto que no tenía debajo el cuerpo de una persona?

—Es bien sencillo: unos hilos, igualmente impregnados de esa sustancia y sujetos por unas chinchetas al dintel de la puerta de mi dormitorio. Apenas se da la luz, la sustancia química inicia su reacción, con lo que no hay apenas tiempo para fijarse en detalles. Los hilos se destruyen igualmente...

—Pero quedan las chinchetas.

—Muy pequeñas, prácticamente incrustadas en la madera, con enorme habilidad, de modo que, hasta que no tuve en la mano el resultado del análisis,

no se me ocurrió la idea de examinar el dintel de la puerta.

Bonnie asintió pensativamente.

—Wolf, estoy pensando en aquella figura misteriosa que se nos apareció cuando salíamos del panteón de los Waterbine. El manto y la capucha se desintegraron... sin luz y sin que quedasen rastros de ceniza.

Drummond parpadeó.

—Es verdad, no me acordaba de ello.

—Un misterio más, Wolf. ¿Podremos resolverlo algún día? —suspiró la joven.

—Quizá mañana demos un buen paso adelante —contestó él.

—¿Cómo?

—Es viernes. Hemos de ir a visitar al señor y a la señora Burdette.

Bonnie se estremeció.

—Hablar con un resucitado...

Drummond sonrió maliciosamente.

—Pero ¿crees en eso?

—No sé... A veces me parece que puede ser real...

De pronto, Bonnie sintió que dos brazos rodeaban su cintura.

—Esto sí es real —percibió junto a su oreja la voz apasionada del hombre.

* * *

Sharon Burdette recibió con gran frialdad a sus visitantes.

—Mi esposo no está. Aún no ha regresado de su viaje —declaró.

—Señora, usted dijo que estaría fuera una semana...

—Y así es. Regresará hoy, tal vez mañana. Y, francamente, no creo que tenga ganas de hacer declaraciones de ninguna clase.

Drummond miró a su alrededor. La casa estaba bien, pero faltaba algo.

—Señora Burdette, ¿dónde está la servidumbre?

—La despedí, no me hacía falta. Por ahora, me arreglo con una asistenta que viene un par de horas por las mañanas. Cuando regrese mi esposo, trataremos este asunto nuevamente.

Drummond entornó los ojos.

—Contratarán una nueva servidumbre, me imagino —dijo.

—Eso no es de su incumbencia, señor Drummond —replicó ella fríamente.

—Por supuesto. Señora, voy a hacerle la última pregunta.

—Sí, aunque no sé si le daré respuesta...

—¿Dónde vive el doctor Marlowe?

—En Tilbury. Si quiere su teléfono...

—Se lo agradeceré.

Sharon buscó una agenda y la abrió. Drummond escribió unas cifras en la suya. Al terminar, sonrió.

—Ha sido usted muy amable, señora —dijo—. Por cierto, ¿ha quemado ya el ataúd?

Ella arqueó las cejas.

—No, ¿por qué habría de hacerlo? Mi marido dijo que se encargaría de ello a su regreso...

—Debe de resultar maravilloso quemar el ataúd en que uno ha estado muerto —sonrió Drummond—. Señora, ¿me permite verlo otra vez?

Sharon hizo un gesto de impaciencia.

—Señor Drummond, usted sospecha que he sido objeto de una estafa y yo tengo la plena seguridad de que Black Angel hizo que mi esposo volviera a la vida. De todas formas, no quiero que se vaya sin satisfacer su curiosidad... para que así pueda convencerse plenamente de que todo resultó absolutamente real. Mi esposo murió y Black Angel lo volvió a la vida.

—Lo sé, señora.

Bonnie había permanecido silenciosa hasta aquel momento. De pronto, hizo un ademán.

—Wolf, aguárdame en la puerta —dijo—. Quiero hacerle una pregunta íntima a la señora Burdette.

El joven se sorprendió un instante, pero acabó por obedecer el consejo. Salió fuera y encendió un cigarrillo.

Las dos mujeres se hicieron visibles un minuto después. Bonnie sonreía complacida.

Sharon, en cambio, estaba muy encarnada. Drummond se preguntó qué habían hablado ellas durante aquel corto espacio de tiempo.

—Vengan por aquí —indicó Sharon en tono seco.

Ella les condujo al cobertizo. El ataúd estaba en el mismo sitio.

—Sí, es cierto.

Drummond contempló el ataúd durante algunos segundos. Bonnie le miraba expectantemente. “¿Adónde quiere ir a parar?”, pensó.

El joven levantó la tapa del ataúd. Sí, estaba vacío. Pero no era suficiente para disipar sus sospechas.

De repente, se inclinó y empezó a examinar los costados con toda atención.

—Creo que ya es suficiente, señor Drummond —dijo Sharon bruscamente, con voz que denotaba su gran impaciencia—. Si no me creen, pueden quedarse en mi casa, como huéspedes, hasta que regrese mi marido.

El joven no hizo caso de aquellas palabras. De pronto, vio algo cerca de la base del féretro. Era un clavo de metal dorado, como de adorno.

Tiró con dos dedos. El clavo salió sin demasiada dificultad.

Había más clavos, todos ellos a un centímetro escaso de la base. Drummond los retiró todos. Luego, empleando ambas manos, volcó el ataúd.

La tabla del fondo quedó en el mismo sitio. Un espantoso hedor se esparció inmediatamente por el cobertizo.

Sharon empezó a chillar como una loca. Bonnie, incapaz de soportar aquel hedor, abandonó el cobertizo, mareada, sintiendo unas náuseas horribles.

Drummond se llevó en brazos a la señora Burdette, quien pataleaba frenéticamente, a la vez que emitía frases de incoherencia. Al salir, arrojó una

última mirada al cuerpo descompuesto que yacía sobre la tabla que había sido hasta entonces el fondo del ataúd.

—No, Arnold Burdette no volverá a la vida —murmuró.

CAPITULO IX

—De modo que el muerto estaba en un doble fondo.

Drummond encendió un cigarrillo. Bonnie se lo quitó y aspiró fuertemente el humo.

—Me va a costar mucho quitarme de la pituitaria ese horrible olor a muerto —añadió—. Pero ¿qué hará la policía?

—Nosotros no le hemos dicho nada. Es lamentable, pero Sharon Burdette ha enloquecido, aunque espero que sea una cosa pasajera. Por el momento, sin embargo, nos conviene mejor esta situación; aunque nuestra forma de actuar roce los linderos de la ilegalidad, es mejor que la acusen de haber querido guardar el cuerpo de su esposo, sin enterrarlo. No le pasará nada, por otra parte, y nosotros tendremos tiempo de continuar.

—Pero están los espectadores...

—Bonnie, el que tiene fe en una cosa, cree en ella, por muchas pruebas que le presenten en contra. Son muy pocos los enfermos desahuciados por el médico, que creen van a morir; todos ellos se aferran desesperadamente a la vida y creen que sanarán.

—Sí, es cierto. Pero Ewiston y sus compinches tienen otro plan en perspectiva.

—Tendremos que actuar, cuando vayan a ponerlo en práctica. A Helen, desgraciadamente, no se le puede convencer con palabras; sufrirá mucho, pero tendrá que admitir la realidad.

—A mí se me está ocurriendo otra cosa, Wolf —dijo Bonnie de pronto.

—Habla —invitó él.

—Todos estos casos se han producido en matrimonios en que ella es mayor de treinta años, madurita, pero joven todavía, muy atractiva y un tanto desequilibrada nerviosamente. Gente con dinero, desde luego..., pero todos los casos, insisto, tienen características comunes. ¿Qué sucede que los médicos no pueden sanar a los enfermos? ¿No se tratará de un envenenamiento?

Drummond frunció el ceño.

—Podría ser, en efecto —convino—. En ningún caso se ha hecho autopsia del cadáver.

—Un médico ha certificado la muerte por causas naturales. No hay sospechas de asesinato, no puede haber autopsia.

—Ese será otro punto que habremos de investigar —prometió él—. Y ahora, tú tienes que decirme una cosa.

—¿Sí, Wolf?

—¿Cuál fue la pregunta íntima que hiciste a Sharon Burdette cuando me obligaste a dejarte sola con ella?

Bonnie sonrió maliciosamente.

—Después de volver a la vida, el señor Burdette se mostró muy

apasionado. Para su esposa, fue la repetición, o poco menos, de la noche de bodas.

—¡Caramba, qué..., qué despertar! —exclamó Drummond, sinceramente asombrado—. Casi estoy por envidiar al afortunado que pudo ocupar el lugar del difunto.

—¡Wolf, tipo lúbrico! —protestó ella.

Drummond se echó a reír.

—He dicho "casi", nena —respondió. De pronto, se puso serio—. Pero ¿cómo se pudo dejar engañar Sharon en un asunto tan íntimo?

—Tal vez el hombre que se hizo pasar por su esposo tiene dotes de actor muy completas... en todos los aspectos.

—Eso es cierto —convino él—. Pero lo peor de todo es que no sabemos dónde está Ewiston. Y no tendremos otro remedio que esperar a que desempeñe su próxima comedia.

—Mientras tanto, podríamos hablar con Marlowe, ¿no te parece?

Drummond asintió.

—Sí, hablaremos con él, pero ¿dónde está Ewiston, alias Black Angel, alias Peter Lawrence?

* * *

El coche se detuvo en las inmediaciones del cementerio. J. K. Ewiston, May Holcombe y un tercer individuo se apearon del vehículo.

—Saca las cosas, Geo —dijo.

Geoffrey Chadwick fue al maletero y levantó la tapa. Mientras, Ewiston y May avanzaban hacia el panteón.

—Es más grande que el de los Waterbine —dijo Ewiston, complacido.

—Eso facilitará las cosas, ¿no?

—En efecto.

Ewiston metió la mano en el bolsillo y sacó una llave.

—Hace días vine y tomé un molde de la cerradura —explicó.

—Oh, una precaución muy útil —convino May, a la vez que encendía la linterna que llevaba en la mano.

Ewiston abrió la puerta enrejada del panteón y descendió los cuatro peldaños que llevaban a su interior. En el centro no había ningún túmulo, solamente el suelo liso y frío, con dos anillas de hierro. En los costados, se divisaban algunas lápidas, con nombres en los que abundaba el apellido Mountain.

Chadwick vino a poco cargado con un par de pesadas maletas y se puso a trabajar en el acto. May, con ojos críticos, contemplaba las operaciones.

Entre los objetos que había llevado Chadwick figuraban dos potentes gatos, de los utilizados para levantar ruedas de camiones pesados. Con la ayuda de las herramientas, los dos hombres consiguieron levantar la losa que había en el centro del panteón, por medio de las anillas de hierro encastradas

cerca de los bordes. Un negro hueco quedó al descubierto.

En la fosa, de casi dos metros de profundidad, se veían los restos de un ataúd y algunos huesos.

—Tiene casi doscientos años —dijo Ewiston.

—Estás bien informado, ¿eh? —comentó May.

—En esta clase de asuntos, la falta de información, conduce al fracaso. Bien, ahora ya sabemos que la losa sube fácilmente. Volveremos a dejarla en su sitio. Luego, cuando Mountain haya muerto, vendremos a dejarlo en la sepultura. Geo, tú ya conoces el resto de la operación, ¿verdad?

—Estoy bien entrenado —sonrió Chadwick.

—¿Las lámparas de luz indirecta?

—En su sitio.

—Prueba el circuito de radio de control remoto que me pondré bajo la ropa.

Chadwick obedeció. Cuatro lámparas, situadas en los ángulos del panteón, se encendieron simultáneamente.

—Muy bien. Por ahora, eso es todo.

Ewiston se situó junto al gato que había manejado momentos antes. Al inclinarse, May le asestó un terrible golpe con una porra que había llevado oculta bajo el abrigo.

Ewiston rodó por el suelo como una masa inerte. Chadwick se quedó con la boca abierta.

—Pero..., May...

—Calla, estúpido —dijo ella fríamente—. Vamos, ayúdame a meterlo en la fosa.

Chadwick respingó.

—Eso es...

—¿Un asesinato? —Rió May—. ¿Y qué es lo que habéis estado haciendo vosotros hasta ahora? Geo, esto se acaba, lo presiento. Lo mejor es liquidar el negocio, con el último golpe. Se ha descubierto el cuerpo de Burdette; con Waterbine cometiste el error de abandonarlo en el campo...

—No había una fosa en el panteón, como aquí —se disculpó Chadwick.

—Sí, y luego, cuando viste que alguien merodeaba por las inmediaciones, tuviste que ir corriendo a meterlo en el ataúd. Geo, si yo no me hubiese anticipado, él lo habría hecho. También se daba cuenta de que el negocio estaba a punto de quebrar, ¿comprendes?

—Desde luego, pero... ¿quién ocupará su puesto?

—Yo —contestó May orgullosamente—. Helen Mountain es tonta. Aceptará todo lo que le diga... y más si tú me ayudas como tienes por costumbre, ¿entiendes?

—Conforme, pero ¿qué haremos después?

Los ojos de May despidieron un brillo malicioso.

—Podemos desaparecer del país, tú y yo solos, ¿comprendes?

Chadwick acabó por sonreír.

—Ciertamente, eres muy hermosa..., pero sólo puedo decirlo por... impresiones visuales —contestó.

Despiadadamente, May golpeó con el pie el cuerpo inmóvil que yacía al borde de la fosa.

—El ya no podrá oponerse —dijo.

Chadwick se decidió y empujó el cuerpo de Ewiston. Luego se situó junto a uno de los gatos.

—Tenemos que actuar los dos al mismo tiempo —dijo.

—Está bien.

Minutos más tarde, abandonaban el panteón, en el más completo silencio.

—Me pregunto qué haremos con el cuerpo de Mountain cuando haya muerto y antes de la representación —dijo Chadwick, después de poner el motor del coche en marcha.

—En este cementerio hay sitios de sobra para esconderlo un par de días —respondió May tranquilamente.

Transcurrió una hora.

De pronto, Ewiston despertó, sintiendo un horrible dolor de cabeza. En los primeros momentos, creyó que estaba en su casa, a oscuras. Luego, un olor nada agradable hirió su pituitaria.

El sitio donde estaba tendido no era precisamente un colchón de plumas. Ewiston sintió que se le ponían los pelos de punta al comprender lo sucedido.

Frenéticamente, se registró los bolsillos en busca de algo que diera luz. Encontró su encendedor y presionó el resorte.

Estaba arrodillado. A menos de un metro sobre su cabeza, divisó la gris superficie del granito. El horror de la situación en que se encontraba le hizo olvidar por el momento la traición de que había sido objeto.

Apagó el encendedor y se puso en pie. Con los hombros, hizo fuerza hacia arriba.

Empujó una y otra vez, hasta que se sintió completamente empapado en sudor y desprovisto de energías físicas. Entonces, se desplomó sobre los restos del ataúd y sollozó amargamente.

Iba a morir de hambre y de sed, pensó..., o tal vez asfixiado... Y nadie le oiría...

A pesar de todo, gritó. Sus voces fueron detenidas por la pesada losa de granito que cubría la sepultura.

* * *

Apenas llegaron a Londres, Drummond hizo una llamada telefónica.

—El señor acaba de fallecer —le informó una sirvienta.

Drummond se quedó consternado.

—Dígale a la señora que lo siento muchísimo y que mañana iré a expresarle personalmente mis condolencias. Ah, permítame una pregunta. ¿Hay algún doctor Marlowe entre los médicos que atendieron al señor

Mountain?

—No, señor, aquí no vino nunca el doctor Marlowe.

Muchas gracias.

Drummond dejó el teléfono en la horquilla. Había llamado desde su casa. Bonnie estaba en la cocina, haciendo café. Cuando volvió a la sala, con la bandeja en las manos, se quedó muy sorprendida al ver a Drummond profundamente pensativo.

—¿Algo nuevo y nada bueno? —preguntó.

—Sí. Ronald Mountain acaba de fallecer. Marlowe no ha estado jamás en aquella casa.

—Lastimoso —murmuró Bonnie, mientras llenaba las tazas—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Tenemos el teléfono de Marlowe. Prueba a ver si está en su casa.

—De acuerdo.

Los esfuerzos de Bonnie resultaron infructuosos.

—Quizá sería mejor ir a verle personalmente —dijo.

—Sólo tenemos el número ele su teléfono; no sabemos dónde vive.

Bonnie sonrió.

—Yo tengo procedimientos para averiguarlo —aseguró.

Drummond la contempló con ojos críticos.

—Supongo que desplegarás todas tus artes de seducción...

—No se lo voy a pedir pistola en mano, claro.

—¿Qué le darás a cambio?

—¿Te sientes celoso?

—¡Hum!

—Bueno, si quieres llegar al fondo de este asunto, tienes que claudicar en algo.

—Claudicar —resopló él—. Se dice bien pronto.

Bonnie se echó a reír, a la vez que elevaba los brazos para arreglarse el pelo. Su gesto hizo resaltar las firmes redondeces del pecho bien contorneado.

—Puedo ir contigo —rezongó él.

—No, he de hacerlo yo sola.

Drummond alargó los brazos y la atrajo hacia sí.

—Estoy celoso como un moro —murmuró.

—¡Qué gusto! —suspiró ella.

—Y prefiero enviar todo al diablo antes de que...

Bonnie mordisqueó sus labios.

—Tonto. Es mi jefe el que lo averiguará. El tiene amigos en la policía.

—Oh... ¡Traidora!

Ella se echó a reír. Pero, de pronto, su risa quedó interrumpida porque unos labios masculinos acababan de aplastar los suyos con un beso lleno de ardorosa pasión.

* * *

El ataúd quedó depositado en el centro del panteón. Un pastor recitó las últimas oraciones. Luego, la afligida viuda, apoyada en el brazo de un par de amigas íntimas, salió fuera.

Un empleado de la funeraria cerró la verja y entregó la llave a Helen Mountain. Drummond, vestido con un traje discreto, camisa blanca y corbata negra, aguardaba a poca distancia, junto con Bonnie.

Helen le miró y dio un par de pasos hacia él.

—Eres un buen amigo —dijo.

—No tengo palabras para expresarte mi aflicción, Helen —manifestó el joven—, ¿Puedo ir a visitarte más tarde?

—Desde luego.

Drummond se inclinó para besar la enguantada mano de la afligida viuda. Bonnie se acercó a ella y la besó cariñosamente en una mejilla.

Los asistentes al sepelio empezaron a disgregarse. Drummond y Bonnie fueron los últimos en marcharse.

—Mountain murió ayer —dijo él—. Por tanto, sólo faltan dos días para que se produzca su resurrección.

—Tienen que preparar la trampa. ¿Por qué no les sorprendemos antes? —sugirió ella.

—No. Al criminal se le pesca mejor con las manos en la masa. Por cierto, ¿tienes ya la dirección de Marlowe?

Bonnie asintió.

—¿Vamos a verlo?

—Estamos escasamente a ochenta kilómetros de Tilbury —contestó Drummond.

Cuando ya estaban en el coche, Bonnie preguntó:

—Wolf, ¿qué le dirás a Helen esta noche?

—Simplemente, que siga la corriente a los impostores.

—Pero si ahora fuésemos a ver a Marlowe, tal vez podrías levantar la liebre...

—Bonnie, presiento que Marlowe no se llama así, sino que es algún médico acomodaticio que, en ocasiones, ha firmado un certificado de defunción. Por otra parte, ellos están obsesionados por conseguir el dinero. Lo que significa que descuidarán ciertas precauciones...

—No te fíes, Wolf.

—De todos modos, insisto en ver a Marlowe.

Bonnie se recostó en el asiento.

—Iremos los dos —se resignó.

A media tarde, Drummond tocaba el timbre de una puerta, ante la que no se veía ningún rótulo que indicase el nombre del ocupante de aquella casa. Bonnie advirtió también el detalle y cambió una mirada con el joven.

—Marlowe es un impostor —dijo.

—¿Quién habló algo acerca de actores de teatro? —contestó él con sorna,

justo en el momento en que se abría la puerta.

Entonces, Drummond y Bonnie recibieron la mayor sorpresa de su vida.

—¡Stella!, —exclamaron al unísono.

Porque no cabía la menor duda; la joven a quien creían muerta y desintegrada misteriosamente, estaba en aquellos momentos delante de ellos, viva y con un aspecto espléndido.

* * *

—He decidido abandonar esa tramoya —dijo Stella, después de servir sendos tragos a sus todavía atónitos visitantes.

—¿Por qué? —preguntó Drummond.

—Ewiston es un estafador. Muy ingenioso, todo hay que decirlo, pero sospecho qué hace algo más que robar a la gente. No me importa que aligere los bolsillos de una persona con dinero, pero matar ya es cosa muy diferente.

—Ah, usted sabe algo sobre asesinatos.

Stella se puso seria.

—Todas esas muertes han sido provocadas. En algún momento, Ewiston entró en contacto con sus víctimas y las envenenó. Todos ellos eran hombres de cuarenta a cincuenta años, con esposas un tanto chifladas, y bastante dinero. Yo creía que él se burlaba de las viudas y les sacaba el dinero, hasta que empecé a pensar por mi cuenta.

—Seguramente, después de la ceremonia en casa de Burdette.

—Sí. Después de la supuesta resurrección, él salió por una puerta trasera y se escondió en el maletero del coche. El maletero había sido ampliado por debajo del asiento posterior; de este modo, podía encontrarse más cómodo.

—A usted la vimos como drogada...

—Me dijo que desempeñara ese papel. Luego, cuando ustedes entraron en la casa, él salió del maletero y extendió en el suelo una plantilla, con la silueta de una persona. Llevaba una especie de extintor de incendios, pero en lugar de lanzar polvo o espuma, despedía un polvo verdoso y maloliente. ¿Sabían que Ewiston, hace muchos años, era un químico muy competente? Trabajó en una fábrica de perfumes.

—Así fabricaba el olor a muerto —rezongó Drummond—. Luego, ustedes se marcharon con el coche.

—Efectivamente. Pero empecé a darme cuenta de que era un juego muy peligroso y lo corté de raíz.

—Stella, explícame, ¿por qué apareció el esqueleto de Barstow en tu cama?

—Fue cosa de Ewiston. Barstow quería más sueldo y amenazaba con denunciar sus imposturas. Ewiston le inyectó una droga que descomponía la carne con mucha mayor rapidez de lo normal.

—Pero no veo motivos para que dejase allí el esqueleto...

Stella se encogió de hombros.

—Barstow y yo éramos de la misma estatura. Ewiston dijo que el esqueleto podía pasar por mis restos mortales. Puso una sortija en un dedo...

Drummond "frunció el ceño. En las explicaciones de Stella había algo incongruente.

—Entonces, usted sabía que Barstow estaba muerto.

—No. Me enteré mucho después, cuando se hizo pública la noticia. Ewiston me aconsejaba que no volviese por mi casa, pero que continuase pagando la renta. —Stella se puso una mano en la frente—. He debido de estar loca —añadió.

—Bien, pero ¿qué nos dices ahora del doctor Marlowe? —preguntó Bonnie.

—Ese papel lo desempeña el otro ayudante. Cuando alguien preguntaba por el doctor Marlowe, era Chadwick el que contestaba. O yo, disfrazando la voz. Ewiston supo ganarse la confianza de la señora Burdette y así, el falso doctor Marlowe fue el encargado de aten-der a un hombre que ya estaba condenado a muerte.

—Stella, tengo la sensación de que todo esto que nos has dicho deberás repetirlo a la policía —dijo Bonnie.

—Me condenarán...

—No hay otra salida —añadió Drummond severamente.

Stella bajó la cabeza. Bonnie le hizo otra pregunta:

—¿Dónde están ahora Ewiston y los otros dos cómplices?

—No lo sé. Últimamente ya no confiaban en mí. May era muy astuta, muy ambiciosa... Estoy segura de que había engatusado a Ewiston...

—Ella sabe que vives aquí —dijo Drummond.

—Sí.

—Bien, no se hable más. Vístase y ponga algo de ropa en un maletín. Por el momento, vivirá en mi casa, pero será solamente cuestión de un par de días.

—Está bien.

La joven se levantó y pasó al dormitorio contiguo. Drummond, a pesar de todo, no se fiaba demasiado de sus explicaciones. Tal vez era aprensivo en demasía..., pero tenía el presentimiento de que Stella no había sido sincera por completo.

De repente, oyó un ruidito en el teléfono que había sobre la mesita contigua al diván. El instinto le hizo levantar el aparato.

Stella terminaba de marcar un número en aquel instante. Drummond escuchó sus palabras, pronunciadas con una voz de tonos bajos.

—¿May? Soy Stella... ¿No está él en casa? Escucha, Drummond y la chica están aquí. Sospechan algo... Quieren que me vaya con ellos, para esconderme de vosotros... Estoy en un compromiso y no sé qué hacer...

Drummond escuchó una suave risita.

—Stella, no podíamos pedir nada mejor —dijo May—. Ve con ellos, pero no te olvides el tubo de las cápsulas azules. Cuidado, no las utilices con alcohol. Busca la ocasión de emplearlas en el té o el café...

Llámame en cuanto puedas y te daré más instrucciones.

—De acuerdo.

El joven puso el teléfono en su sitio. Bonnie le miró inquisitivamente, pero él se puso un dedo ante los labios.

Stella salió poco después, con un abrigo en el brazo y el maletín en la otra mano.

—Estoy lista —anunció.

Drummond, galante, le tomó el maletín.

—Con nosotros estará segura —afirmó.

* * *

—¿Sigues decidida a intentarlo?

Helen Mountain, vestida enteramente de negro, hizo un gesto afirmativo.

—Sí, Wolf —contestó.

Drummond emitió una maldición mental.

—Está bien, no puedo impedírtelo —dijo—. ¿Has pagado ya?

—Hace días entregué la mitad. Hoy vendrán a recoger el resto.

—Helen, voy a pedirte un favor. No entregues ese dinero. Di que lo harás cuando tu esposo haya vuelto a la vida.

—No desconfío de ellos...

—¿Confías en mí, al menos?

—Ronald volverá a vivir y eso es lo que me interesa —respondió Helen obstinadamente.

Drummond apretó los labios.

Por un momento, sintióse tentado de decir la verdad a su bella interlocutora, pero era preferible, decidió finalmente, que Helen viese las cosas con sus propios ojos. Algunas personas se merecían sufrir un poco. Esperaba, sin embargo, que Helen resultase ser más fuerte que la señora Burdette.

Helen y Drummond conversaban en una salita íntima. De pronto, sonó el timbre de la puerta.

—Creo que ahí vienen a recoger el dinero —dijo ella.

—Por favor, al menos, no menciones mi presencia aquí —rogó el joven.

—Está bien, pero no cometas ninguna imprudencia.

—Me quedaré aquí, descuida.

Helen se levantó. A los pocos segundos, Drummond fue a la puerta y la entreabrió ligeramente.

May Holcombe estaba en el vestíbulo, hablando con la dueña de la casa. Drummond apreció la sencillez de la indumentaria de May. Era preciso hacer el papel de una sincera discípula del Maestro, pensó divertidamente. En otras ocasiones, había visto a May con un atavío mucho más audaz.

Las dos mujeres se alejaron hacia una habitación situada al otro lado. Pasados cinco minutos, volvieron a salir. May, con el bolso colgado del

hombro izquierdo, tomó las manos de Helen.

—Tenga valor, señora —dijo—. Sólo faltan muy pocas horas para que vuelva a ser dichosa nuevamente.

—Así lo espero, querida —contestó Helen con ojos de iluminada.

May abandonó la casa. Drummond volvió al sofá y encendió un cigarro. Helen entró instantes después.

—Todo está preparado —dijo, sonriendo con expresión de felicidad.

Drummond hizo una leve inclinación de cabeza.

—No quiero molestarte más —se despidió.

Cuando se disponía a salir, Helen levantó una mano.

—¿Wolf? —llamó.

El joven se volvió.

—Dime...

—Si... si Ronald no resucitase, ¿qué debería hacer yo? —preguntó.

—Ahora yo tendría que responderte con un poco de crueldad. Me pediste un consejo hace tiempo y no lo has seguido. Admiro tu fe, por supuesto, pero insisto en que esa gente te ha engañado. Ronald, por desgracia, está verdaderamente muerto. Pero si ellos no consiguen volverlo a la vida, no podrás hacerles nada,

—¿Por qué?

—¿Te han dado algún recibo del dinero? ¿Cómo probarás que les has entregado cincuenta mil libras?

Helen se mordió los labios.

—El dinero es lo de menos, Wolf —contestó.

—Puede que para ti, pero para ese impostor y su banda, es lo más importante y los sentimientos de los demás les son completamente ajenos. Tú estuviste en la “resurrección” de Arnold Burdette.

—¡Sí! ¡Le vi volver a la vida!

—Burdette está muerto, irremisiblemente muerto. Su esposa está en un hospital psiquiátrico, ojalá que sólo momentáneamente loca. Lo que viste en casa de los Burdette no fue sino una representación muy bien ensayada y mejor efectuada,

Helen vaciló.

—Dios mío —murmuró—. Si eso fuese verdad...

—Lo es —confirmó él crudamente—. Aún hay más. Sospecho que tu esposo, como Burdette, como Waterbine y algunos otros de los que no tenemos noticias, murieron envenenados lentamente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Helen, lentamente, dijo:

—No puedo creerlo. Es monstruoso...

—Lamento decepcionarte, pero es la verdad. Por Ronald no se puede hacer ya nada, pero, en cambio, tú sí estás en condiciones de desenmascarar a los asesinos.

—¿Qué es lo que debo hacer? —preguntó ella.

—Nada. Simplemente, seguirles la comedia. Del resto nos ocuparemos

nosotros.

Helen bajó la cabeza.

—Te ayudaré —musitó.

Drummond cogió sus manos.

—Procura mantenerte serena. Por lo que más quieras, no des a entender que lo sabes todo —rogó.

—Puedes irte tranquilo, Wolf. Muchas gracias.

Drummond se marchó, menos tranquilo de lo que hubiera deseado. De repente, se había obrado un extraño cambio en Helen. ¿Se había iniciado ya en ella la locura?

CAPITULO X

Todavía no sabía si había obrado bien o estaba equivocado, cuando abrió la puerta de su casa. Bonnie salió corriendo a su encuentro.

—No alces la voz —recomendó, con un susurro.

—¿Qué sucede?

—Stella duerme. Le he dado un narcótico sin que lo advirtiese. Es fuerte, pero no deja secuelas apenas. Despertará con toda normalidad.

Drummond consultó la hora.

—Son las nueve de la noche —dijo.

—Se ha dormido hace apenas media hora. Después de cenar, yo le serví una taza de té, con el sedante disuelto. Cuando empezó a bostezar, le dije que debía de estar un poco cansada. Ella contestó que nunca se dormía tan pronto y yo dije que era debido, sin duda, al relajamiento de sus nervios, al hallarse en seguridad.

Drummond sonrió.

—Eres astuta —dijo—, Pero ahora tienes que esconder bien el sedante. Incluso tíralo por el sumidero. Stella maniobrará para, en un momento determinado, quedarse sola en la cocina. Si lo encontrase, sospecharía algo.

—De acuerdo, Wolf. Lo haré ahora mismo.

—Una cosa. ¿Has registrado su equipaje? Busca el tubo con las cápsulas azules.

—Sí, desde luego.

Drummond se quedó en mangas de camisa. Llenó una copa y tomó un par de sorbos. Bonnie vino momentos más tarde, con un tubo de vidrio, de unos cinco centímetros de largo por dos de grueso.

En su interior se veían media docena de cápsulas de un vivo, color azul. Drummond las contempló unos segundos.

—Bonnie, necesito un papel blanco y, quizá, una aguja fina —dijo al cabo.

—Está bien.

Las cápsulas eran relativamente grandes. Drummond probó con la primera. Moviendo los dedos con infinito cuidado, logró separar las dos mitades. Un polvo rojizo cayó sobre el papel.

—Me preguntó qué diabólico veneno debe de ser —murmuró él.

—¿No tienes un amigo químico?

—Sí, ya se lo enviaré en otro momento para que lo analice. Pero es muy posible que se trate de un veneno de efectos mucho más rápidos que los que aplicaban a Mountain y otros desgraciados.

Con grandes precauciones, Drummond consiguió vaciar el resto de las cápsulas, sacudiéndolas con fuerza, a fin de eliminar de su interior todo rastro de tóxico. Al terminar, devolvió el frasco a Bonnie.

—Déjalo donde estaba.

—Me pregunto a qué hora pondrá las cápsulas en el té —dijo la joven con

rostro preocupado.

—Es probable que sea al atardecer. Ella tiene que reunirse con los otros. La ceremonia, ya sabes, se celebra siempre a media noche.

—Sí, parece lógico —convino Bonnie.

—No te despegues de ella en todo el día —aconsejó Drummond—. Es probable que quiera comunicarse con sus amigos. Dale ocasión, metiéndote en el baño. Anúnciaselo ostentosamente. Así se confiará. Tú podrás escuchar con la puerta entreabierta. Luego abres un grifo...

—Entendido.

—Y vigila el frasco de las cápsulas, pero esto con más discreción que cualquier otra cosa.

—Lo tendré en cuenta. Wolf, mis nervios están como cuerdas de violín.

Drummond la atrajo tiernamente hacia su pecho.

—Bonnie, dentro de muy poco tiempo podré decir que jamás hubo encuentro mejor para mí que el que tuve el día que nos volvimos a ver.

Ella sonrió, mientras le daba unos golpecitos en los labios con dos de sus dedos.

—Eres un delicioso embustero, pero me gusta oírte hablar así —contestó.

—Ah, no me crees, ¿verdad?

—Wolf, soy apasionada... a veces, pero también sensata y sé que lo nuestro se romperá cualquier día. No me quejaré, sino todo lo contrario; mientras viva, jamás olvidaré esta época tan maravillosa.

Drummond la besó suavemente.

—Seguiremos con el tema en otro momento —sonrió—. Ah, mañana yo madrugaré mucho. Quiero ver a mi amigo el químico. Tengo que forzarle a trabajar con el análisis de ese polvo rojo. Tú me excusarás con Stella.

—Descuida. —Bonnie estaba recostada casi de bruces sobre el joven y su rostro tomó de pronto una expresión pensativa—. ¿Cómo ha podido llegar a una situación semejante? —murmuró.

—Tal vez no supo resistir... El dinero ciega a más personas de las que uno podría pensar y las impulsa a cometer los peores crímenes, aunque nos resulte incomprensible. Tú ya le advertiste de lo que podía suceder, si bien no te imaginabas a Ewiston capaz de semejantes crímenes. Tal vez entonces estaba ya preparando el terreno para futuras actuaciones, pero, en todo caso, recuerda que Stella ya tiene edad para decidir por sí misma. Eligió un camino, lo mismo que hiciste tú. Si se equivocó, debe atenerse a las consecuencias.

Bonnie sonrió.

—Eres un magnífico orador —dijo—. Ganarás muchos pleitos.

Drummond hizo una mueca.

—Sin pruebas a favor, no hay pleito favorable —contestó sentenciosamente.

* * *

Con sus manos enguantadas, Stella levantó el teléfono y marcó un número.
—¿May? Soy yo. Todo está listo —dijo a media voz.
—Magnífico. ¿Han picado?
—Como tontos.
—Muy bien. Ven a reunirse con nosotros inmediatamente.
—De acuerdo.
Stella lanzó una última mirada a los dos cuerpos que yacían en el diván. Luego cargó con su maletín y se dirigió hacia la puerta.
Drummond y Bonnie dejaron pasar unos minutos, a fin de tener la seguridad de que no serían sorprendidos. Al cabo de un rato, Drummond movió el codo.
—Arriba, guapa,
Bonnie se incorporó.
—Espero que hayamos sabido engañarla —dijo.
—¿No la has oído hablar por teléfono? —Sonrió él, mientras consultaba su reloj de pulsera—. Son las ocho y media. Tenemos que darnos prisa, nena. Hemos de llegar al cementerio antes que ellos.
—Sí, desde luego. Voy a cambiarme de ropa; estaré lista dentro de cinco minutos.
Mientras tanto, Stella había corrido en un taxi a reunirse con May. La otra joven aguardaba en su coche, a poca distancia de la casa de Helen Mountain.
May le dejó el volante.
—Conduce tú —indicó.
Stella se sorprendió de no ver a nadie más en el coche.
—¿Dónde está "él"? —preguntó.
—No te preocupes. Vamos, arranca.
—Está bien, como digas.
Stella hizo funcionar la llave de contacto. El automóvil se puso en movimiento inmediatamente.
—Si pensaban estorbarnos la función, han perdido el tiempo —rió—. Dormirán hasta las diez de la mañana...
—Dormirán para siempre.
Stella sintió un escalofrío al oír la voz de su acompañante.
—May...
—Es nuestra última función. No podemos correr riesgos.
—Pero Bonnie era mi amiga.
—Tu mejor amiga, aparte de ti misma, soy yo, no lo olvides. ¡Y conduce con cuidado o nos estrellaremos, estúpida!
Stella sentía que se ahogaba. May la había engañado, diciéndole que las cápsulas contenían solamente un potente narcótico. Pero la comprensión de que estaba irremisiblemente atrapada, entró en su cerebro y, desalentada, se dio cuenta de que ya no tenía otro remedio que seguir el juego hasta sus últimas consecuencias.
De pronto, May movió una mano.

—Para allí —dijo—. Yo me ocultaré en el coche. Tú llevarás a Helen al cementerio. Del resto me ocupo yo, ¿entendido?

—Sí.

May le dio un codazo.

—Vamos, no seas tonta; te esperan quince mil libras —sonrió, al apearse del vehículo.

Stella pensó que tendría que abandonar Inglaterra. Sí, lo haría, apenas hubiese terminado aquella comedia. Sería la última de su vida, decidió resueltamente.

* * *

—Estoy temblando —murmuró Bonnie.

—¿De miedo? —sonrió Drummond en la oscuridad.

—De miedo y de frío. Hace una buena temperatura..., pero te juro que es la última vez que vengo a un cementerio a la medianoche.

—En eso estoy de acuerdo contigo... Ah, ahí llegan.

Las luces de un coche se vieron en las inmediaciones del cementerio. Poco después, divisaron a una pareja que ascendía lentamente por el sendero que conducía al panteón.

—Aguarde aquí un momento, señora —oyeron la voz de Stella Purvis.

Helen, enlutada, se detuvo frente a la verja. Ahora, pensó Drummond, vendría el truco de abrir la puerta mediante un control remoto de radio, instalado con anterioridad, las luces que se encendían por el mismo procedimiento y la tapa del féretro que se abría por sí sola.

Y dentro del ataúd estaba el actor que se haría pasar por Ronald Mountain.

Ewiston, se dijo Drummond, había sabido elegir bien a sus víctimas. Debían tener la figura aproximada de su cómplice. Todos, en general, habían sido hombres relativamente jóvenes y apuestos.

“Por supuesto, también con mucho dinero”, agregó mentalmente.

De repente, la mano de Bonnie se crispó sobre su brazo.

—Wolf...

Una sombra blanca, fantasmal, ascendía a lo largo del sendero. Drummond supuso que era May. Pero ¿dónde estaba Ewiston?

May se detuvo frente a Helen.

—Señora Mountain.

—¿Dónde está Black Angel, el Maestro?

—Señora, el Maestro, cuyo poder es ilimitado, me ha conferido a mí la suficiente potencia para devolver a la vida al ser amado, que usted perdió hace pocos días. Le aseguro que sus esperanzas no se verán defraudadas.

Drummond oyó aquellas palabras y frunció el ceño. ¿Dónde demonios se había metido Ewiston?

Con gesto melodramático, May alzó una mano.

La puerta de rejas se abrió lentamente, a la vez que se encendían unas

luces en el interior del panteón. Helen, asombrada, vio a Stella Purvis, vestida también de blanco, junto al féretro, con los brazos cruzados bajo el seno.

—Venga, señora —dijo May—. Dentro de unos momentos tendrá en sus brazos a su esposo, felizmente vuelto a la vida.

CAPITULO XI

Las dos mujeres entraron en el panteón. Drummond y Bonnie corrieron a situarse junto a la puerta, aunque sin dejarse ver.

Helen quedó al pie de la escalera. May avanzó un par de pasos y extendió los brazos, a la vez que lanzaba unas cuantas frases rimbombantes.

Ninguno de los presentes sabía que había una persona viva bajo la losa. Aterido de frío, medio muerto de hambre y sed, Ewiston despertó repentinamente, después de un sueño lleno de alucinaciones.

Por alguna parte, había una estrechísima grieta que permitía el paso del aire. Enloquecido por el horror de su situación, Ewiston pensó que aquellas voces que oía no eran más que producto de su mente enfebrecida.

Sentado en el fondo de la fosa, se preguntó cuánto tiempo tardaría en morir.

En aquel momento, la tapa del féretro se abrió a un lado. Helen lanzó una mirada al interior del ataúd. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ronald estaba muerto. ¿Cómo había podido ser tan tonta para creer que alguien podía traerlo a la vida?

—¡Despierta, vuelve a la vida, Ronald Mountain! —clamó May.

El hombre que estaba en el féretro abrió los ojos y se sentó lentamente. Dijo unas palabras con voz titubeante y, al fin, extendió sus brazos.

—He vuelto a la vida, Helen, esposa mía.

Bajo la losa, Ewiston se dio cuenta de que lo que oía no era producto de una pesadilla. Arriba, a menos de dos metros de distancia, alguien representaba la comedia que él había ideado y practicado mucho tiempo antes.

Gritó enloquecidamente, pero nadie pareció escuchar sus voces. Frenético, buscó algo para golpear la losa. Lo único que encontró fue un fémur.

El hueso se deshizo después de dos o tres golpes. La madera del féretro estaba podrida. Los herrajes, oxidados, se desintegraban rápidamente.

Ewiston se echó a llorar.

¿Era que no iba a encontrar un medio de llamar la atención de los que estaban encima de él?

En aquel momento, Helen decía:

—Sí, ven, querido...

El “resucitado” abandonó el féretro. Lentamente, con pasos envarados, se acercó a la mujer.

Helen sonreía de un modo especial. De repente, alargó la mano y pegó un fortísimo tirón de los cabellos del impostor.

Se oyó un rugido de rabia. Chadwick, sin la máscara que imitaba perfectamente las facciones del muerto, dio un paso atrás.

—¡Lo ha descubierto! —gritó.

Drummond se preguntó si debía intervenir. Chadwick, amedrentado,

retrocedió. Las cosas no salían como habían calculado.

May parecía aturdida por la sorpresa. ¿Quién había dicho a aquella mujer que todo era una impostura?

—¡Stella! —aulló—. ¡Tienes que ayudarme; hemos de eliminarla!

Stella dio un par de pasos adelante. En el mismo momento, Helen movió la mano derecha en semicírculo

Drummond, ya en el primer escalón, vio una cosa que brillaba en la mano de Helen durante fracción de segundo. Pero el brillo se apagó casi instantáneamente.

Stella sufrió una horrible convulsión. Sus manos se elevaron al cuello, rasgado de oreja a oreja por el tajo que Helen le había asestado, con mano en la que afán de venganza había puesto una potencia infinita.

Gruesos chorros de roja sangre brotaban de la espantosa herida, sin que Stella, con los ojos fuera de sus órbitas, pudiera hacer nada para contener la hemorragia. De pronto, cayó al suelo, pataleando epilépticamente.

* * *

Agazapado en un rincón, Chadwick, aterrorizado, contemplaba la escena, sin atreverse a intervenir. Drummond se lanzó hacia Helen.

Pero también llegó tarde. Helen se arrojó contra May y le asestó una terrible puñalada en la cara.

May chilló horriblemente. La siguiente cuchillada hizo saltar su ojo izquierdo. Otro golpe hizo que el puñal quedase incrustado en el cuello de la mujer, quien acabó desplomándose al suelo, agitándose en las últimas convulsiones de su horrible agonía.

Drummond agarró a Helen por un brazo.

—No debieras haberlo hecho —dijo.

Ella le miró con ojos llameantes.

—Tú tenías razón —contestó—. Yo debía vengarme.

Drummond tiró de Helen y la empujó hacia Bonnie.

—Atiéndela —dijo.

Chadwick continuaba en el rincón. Drummond hizo un gesto con la mano.

—Venga, tiene muchas cosas que contar —dijo.

El impostor se levantó.

—Yo... no pensé nunca que se llegase a semejante extremo... —balbució.

—Un día se tenía que llegar a esta situación —dijo Drummond severamente—. Cuando llegue la policía, tendrá que hablar largo y tendido.

Bajo la losa, Ewiston había oído los gritos y alaridos. Algo horrible estaba pasando, pensó, con su mente torturada por la horrible situación en que se encontraba.

De repente, una gota de algo caliente y espeso cayó sobre su mejilla.

Encendió el mechero. Por aquella estrechísima grieta que le había permitido respirar durante los días precedentes, caían hilos de sangre, muy

finos, como hilos de una tela de araña de color escarlata.

—¡Socorro! —aulló—. ¡Ábranme, estoy bajo la losa!

Pero no recibió la menor respuesta. Ewiston ignoraba que el cuerpo de Stella Purvis tapaba aquella delgadísima grieta.

Sin embargo, había un medio de llamar la atención de los que se encontraban en el panteón. No tenía nada con qué golpear la losa, excepto...

Levantó la cabeza. El primer golpe le hizo ver multitud de puntos de todos los colores. Sintió mucho dolor..., pero no tenía otra cosa a mano para hacer ruido.

Golpeó de nuevo, moviendo el cuerpo en sentido ascendente. Otra vez atacó con la frente y otra y otra...

De pronto, empezó a reír como un poseso. De nuevo dio golpes en la losa con su frente. Golpeó más y más hasta que, de repente, la lápida, le pareció, estalló en mil fragmentos. Pero no era el granito lo que había saltado.

Chadwick, completamente desmoralizado, se había dejado llevar fuera del panteón.

—¿Dónde está Ewiston? —preguntó Drummond.

La mano del sujeto señaló el interior del mausoleo.

—Allí... bajo la lápida...

Drummond sintió un escalofrío.

—Lo asesinaron —dijo.

—¡Fue May! Ella lo golpeó con una matraca... Luego me obligó a arrojarlo al fondo de la sepultura... La habíamos levantado con unos gatos... Yo no hice nada...

El joven miró críticamente a su interlocutor. Chadwick era aún joven, apenas debía llegar a los cuarenta años, En circunstancias normales, habría resultado aún apuesto.

En el rostro, sin embargo, había rasgos que denotaban cierta inseguridad de carácter. Un tipo blando y acomodaticio, incapaz de resistirse a otros con personalidad más acusada. Pero no por ello era menos culpable.

—Usted llevaba una máscara que imitaba perfectamente las facciones de Mountain. La haría Ewiston, supongo.

Chadwick hizo un gesto de asentimiento.

—Es lógico que tuviese otras máscaras con rostros diferentes —siguió Drummond—, Por ejemplo, los de

Burdette y Waterbine. Sin embargo, sólo en un caso murió asesinada la viuda y fue precisamente la señora Waterbine. ¿Por qué?

Chadwick bajó la cabeza.

—Cuando estábamos en el dormitorio... se me desprendió la máscara en parte... Ella empezó a chillar... Yo sólo quería que no hiciese ruido, pero apreté demasiado...

De súbito, con una reacción totalmente imprevista, Chadwick propinó al joven un fuerte empellón y echó a correr.

Drummond, sorprendido, estuvo a punto de caer. Arrodillada junto a

Helen, que permanecía inconsciente, Bonnie contempló la enloquecida carrera del asesino.

Pero Chadwick no pudo alejarse demasiado. Diez pasos más adelante, una alta sombra le cerró el paso. Chadwick se detuvo en seco, a la vez que se llevaba las manos a la garganta.

—¡No..., no...! —dijo con voz que era más que un gorgoteo ininteligible.

Chadwick estuvo un segundo en pie. Luego, de súbito, como si le hubiesen apuntillado, cayó al suelo y no se movió más.

Drummond adelantó algunos pasos hacia la sombra negra. ¿Era Ewiston?

Bonnie se puso en pie. Sentíase presa de una extraña emoción, pero no era temor. El instinto le dijo que se encontraba en presencia de algo sobrenatural.

Drummond hizo un esfuerzo y consiguió hablar:

—Creo que... nos hemos visto —dijo.

—Sí, nos vimos hace algún tiempo. Nuestra próxima entrevista tardará más... años, muchos años...

—¿Quién eres?

—Soy la que llama a las personas cuando ha llegado su hora.

La capucha se movió un poco hacia atrás. Drummond y Bonnie vieron el rostro de una mujer de indescriptible belleza, pero, casi en el mismo instante, aquel rostro se transformó en una descarnada calavera, en cuyas cuencas vacías brillaba un resplandor rojo, fosforescente, que parecía provenir de otro mundo.

La visión, sin embargo, duró escasos segundos. Drummond y Bonnie estaban como petrificados, convertidos en estatuas por una misteriosa fuerza cuyo origen les resultaba completamente desconocido.

—He llamado definitivamente a algunos que no merecían seguir con vida. Tardaré muchísimos años en llamaros a vosotros.

La calavera desapareció. El manto negro cayó al suelo fláccidamente. Luego se convirtió en humo.

Pasados algunos minutos, Drummond reaccionó y se inclinó sobre Chadwick. El corazón del asesino había dejado de latir.

Bonnie se acercó al joven y tomó una de sus manos.

—Wolf, ¿hemos visto a la Muerte? —murmuró.

—Sí. Esta vez no había truco. Tampoco lo hubo en la ocasión anterior.

Drummond permaneció callado unos instantes. Luego se volvió hacia la joven.

—¿Cómo está Helen? —preguntó.

—Sigue desmayada, Wolf.

—Tendré que ocuparme de su defensa —dijo él.

* * *

Días más tarde, Drummond y Bonnie volvieron a reunirse.

—Provisionalmente, Helen ha sido declarada deficiente mental e internada

en un centro psiquiátrico. Tendrá que pasar allí algún tiempo, pero acabaré por conseguir su libertad absoluta.

—Sufrió mucho —dijo Bonnie pensativamente.

—Sí. Á veces pienso que yo no supe actuar debidamente...

—No digas eso. Nadie lo habría hecho mejor que tú.

Drummond movió la cabeza dubitativamente.

—Ya ha pasado —dijo—. Lo mejor es empezar a olvidarlo. Ah, tengo una noticia para ti. Apareció Ewiston.

—¿Muerto?

—De la manera más horrible que te puedas imaginar. Por lo visto, fue arrojado a la fosa sin sentido, que recobró más tarde En la sepultura había algunos restos humanos, de un antepasado de los Mountain, y un ataúd podrido. Se supone que Ewiston trató de llamar la atención golpeando la lápida por dentro con algunos huesos, que se deshicieron en seguida. Luego, enloqueció y usó su propia frente para hacer ruido..., pero él mismo se destrozó el cráneo.

Bonnie se estremeció.

—Horrible, en efecto —convino—. Wolf, ¿es cierto que estuvimos hablando con la Muerte?

—Quizá lo soñamos solamente, Bonnie.

—Fue un sueño común, en tal caso.

—Sueño... o realidad, a la que sólo nosotros podríamos llegar. Cada vez que lo recuerdo, me parece haber estado como en trance, pero ¿cómo definir con palabras normales un hecho anormal? Lo cierto es que ella no vino a llamarnos a nosotros.

Drummond sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Mi amigo el químico analizó aquel polvo rojo —continuó—. No era un narcótico, sino un veneno capaz de matar a un elefante en cuestión de minutos.

Bonnie se estremeció.

—Entonces, May quiso asesinarnos.

—Sí.

Sobrevino una pausa de silencio. Bonnie cerró los ojos un instante y evocó la sangrienta escena que se había desarrollado en el panteón de los Mountain.

Drummond rompió el silencio:

—Ya no cabe la menor duda de que todos los "resucitados” murieron envenenados. Por lo visto, Ewiston, cansado de hacer el mago en escenarios de ínfima categoría, decidió progresar. Pasó mucho tiempo estudiando a sus posibles víctimas, preparando todo, incluso fabricando las máscaras con las que Chadwick interpretaba el papel del difunto que representaba... Ewiston, en cierto modo, era un hombre inquieto. En su puesto de químico, habría podido vivir holgadamente, sin preocupaciones... En fin, dejémoslo. Bonnie, tenemos que hablar de nosotros mismos.

Ella se levantó.

—Tengo trabajo, Wolf —dijo.

Drummond alargó la mano y tiró de ella, haciéndola sentarse sobre sus rodillas.

—En este momento, el único trabajo que tienes es estar a mi lado —dijo.

—Wolf, tú y yo hemos acabado...

—Te equivocas, no hemos hecho más que empezar.

—Pero, hace años, yo...

—No sé nada —cortó él rápidamente—. No me interesa lo que fue, sino lo que "es" y lo que "será".

Hundió el rostro en el cálido hueco que formaban el cuello y el, hombro de la joven.

—El viernes próximo tenemos hora en St. Guild Church. Su párroco es muy amigo mío. Un buen amigo me ha prestado su casa de campo, para que pasemos allí un par de semanas.

—Oh, Wolf —dijo Bonnie, a punto de echarse a llorar.

—No hace falta que te vistas como si fueses a rodar una película —continuó él, sin variar de postura—. Puedes llevar ropa de viaje; de la iglesia nos iremos a la casa de campo. —Aspiró con fuerza—. Hueles muy bien, querida.

Ella se volvió repentinamente hacia el joven y le puso los brazos en torno al cuello.

—Lo que has dicho, ¿es cierto?

—Hoy es martes. Sólo faltan tres días para que puedas comprobarlo —respondió él—. Pero ¡qué bien hueles! —insistió.

Bonnie sonrió dulcemente. Drummond la besó. Ella olía a vida.

FIN